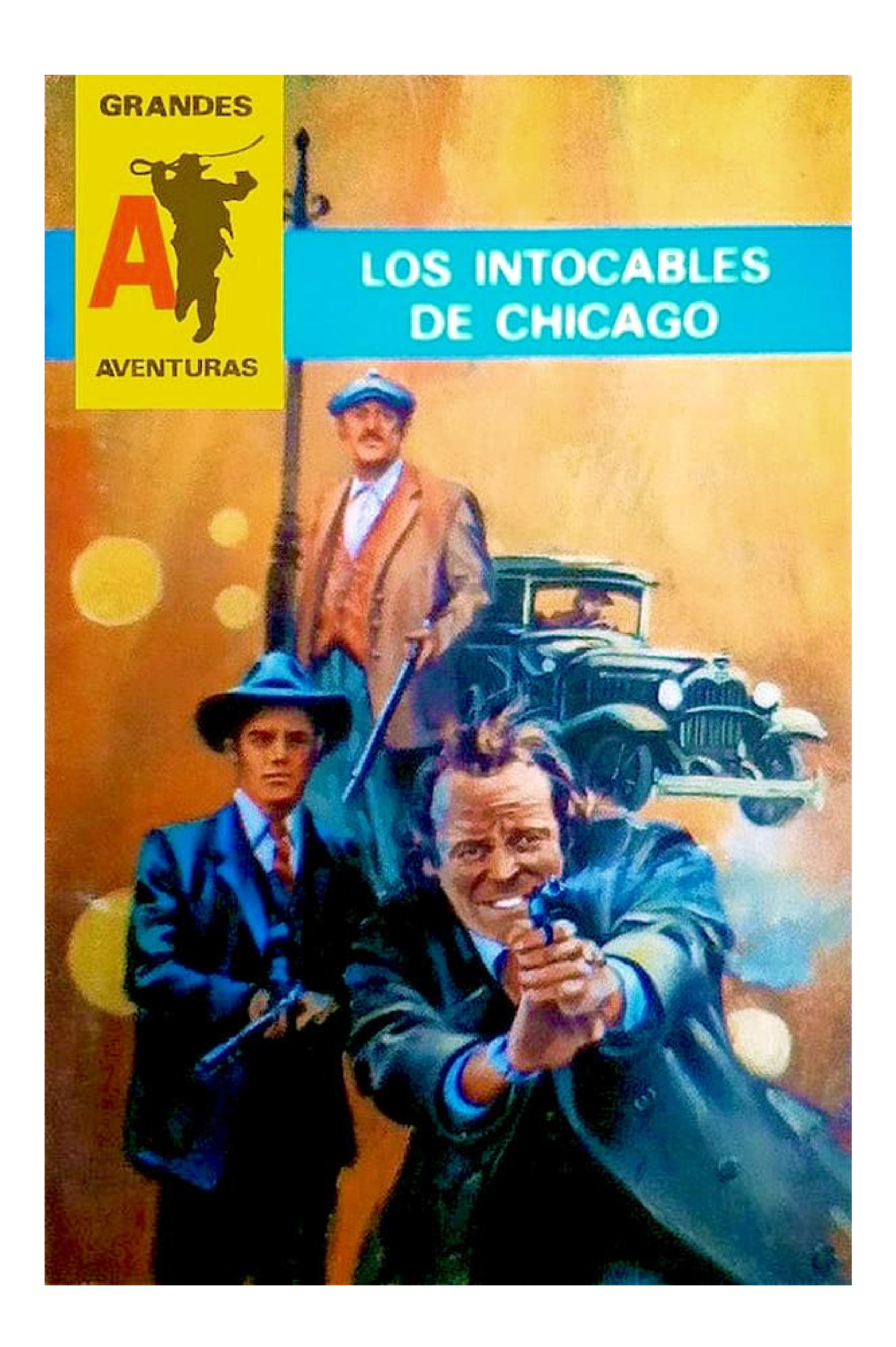

GRANDES
A
AVENTURAS
LOS INTOCABLES DE CHICAGO

A Woody Leman le gustaba el *jazz*. Es más, se volvía loco por el *jazz.*

Pero esa noche no había ido al Cotton Club en busca de buena música, como hacía siempre. Había otra clase de música que temía mucho más, y que no se interpretaba con saxo, trombón, piano o batería, sino con hermosos modelos de *Thompson* automáticos, capaces de interpretar la más brutal y ruidosa sinfonía imaginable.

Woody Leman estaba asustado. Muy asustado. Y tenía razones sobradas para ello.



Curtis Garland

Los intocables de Chicago

Bolsilibros - Indiana James - 45

ePub r1.0
LDS 13.04.18

Título original: *Los intocables de Chicago*
Curtis Garland, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



«Me voy al cementerio,
porque el mundo está muy mal.
Me voy allá abajo, al cementerio,
porque el mundo está muy mal.
Me iré allá abajo, entre los fantasmas,
para oírles cantar mis penas».

*Cementery Blues (*fragmento).

«Los *gangsters* adoraban la música negra, se les pegaba a la piel.
Porque ellos, igual que los trabajadores negros, son hombres que la sociedad ha rechazado.

Del libro «Mister Jally Roll Morton», original de Lomax.

CAPÍTULO PRIMERO

«*BLUES*» PARA MORIR

A Woody Leman le gustaba el *jazz*. Es más, se volvía loco por el *jazz*.

Pero esa noche no había ido al Cotton Club en busca de buena música, como hacía siempre. Había otra clase de música que temía mucho más, y que no se interpretaba con saxo, trombón, piano o batería, sino con hermosos modelos de *Thompson* automáticos, capaces de interpretar la más brutal y ruidosa sinfonía imaginable.

Woody Leman estaba asustado. Muy asustado. Y tenía razones sobradas para ello.

Había jugado fuerte. Y había perdido. Eso, en Chicago, tenía sus riesgos. El los conocía mejor que muchos. Por eso ahora estaba lleno de pánico. Por eso le importaba muy poco que el propio Jelly Roll Morton estuviera interpretando unos *blues* al piano en medio del humo que envolvía la atmósfera del Cotton Club en casi un mundo irreal, evanescente y confuso.

Leman sabía que, a estas horas, todo el Loop, todo Cicero, se estaba movilizando para impedirle abandonar la ciudad a toda costa. Y que si daban con él, no duraría más allá de unos segundos. Pero eso, de momento, se ignoraba aún en el Cotton Club.

Y en el Cotton Club estaba Blue West. Por ella había ido hasta allí. Porque era su única esperanza. Blue lo podía todo o casi todo en Chicago. Ella le sacaría de aquel apuro, le pondría lejos del alcance de los pandilleros de Capone.

Se movió nervioso por todo el local, evitando los puntos más iluminados del mismo. Era cosa fácil, porque las luces estaban a

medio apagar, para que los focos alumbrasen a Roll Morton, aquel rufián de la peor calaña que, sin embargo, era una pura delicia con las manos sobre el teclado. Tras el genio de los «*blues*», se veía el brillo de un saxo y de un clarinete, en manos de dos negros que poco tenían que envidiar a aquellos jovenzuelos llamados Louis Armstrong y Sidney Bechet, que tanta fama estaban cogiendo últimamente en el *Show Boat* y en el *Royal Garden* de la calle Treinta y Cinco, respectivamente.

Woody Leman miró nerviosamente su reloj. Faltaban unos minutos aún para que el Blue West saliera a escena para deslumbrar a sus incondicionales. Tenía tiempo suficiente para llegar hasta ella, en su camerino, y contarle lo que pasaba. Blue le resolvería el problema antes de que terminara la noche. Nadie como ella era capaz de manejar a las pandillas de Chicago y, lo que era mejor, a sus jefes.

Se palpó el bolsillo de la chaqueta, para estar seguro de que aún llevaba «aquello». Cierto alivio le invadió al comprobar que aún seguía allí tan preciado bulto, apenas perceptible para nadie que no fuese él mismo, porque nada tenía de voluminoso.

—Hola, Woody —le saludó un hombre rollizo, con una flor en el ojal de su blanca chaqueta, sentado con dos mujeres de pelo negro, cinta a la cabeza y cortas faldas de flecos que dejaban ver sus hermosas piernas enfundadas en seda negra—. ¿Cómo va todo, muchacho?

—Bien, Moss —tragó saliva con dificultad Leman, fingiendo una sonrisa con escaso éxito, mientras seguía abriéndose paso entre mesas, clientes y camareros—. Todo bien.

—Me alegro —dijo el otro, agitando su gordezuela mano, repleta de anillos de oro y brillantes, que empuñaba un largo, grueso cigarro habano, tan gordo como los que solía fumar su patrón, el gran «Al», y ahora encerrado en prisión por delito federal en la penitenciaría del Este, pero con sus negocios bien controlados por su hermano Ralph y su camarilla de fieles, como el propietario de Moss Talbot, alias «El Mujeriego»—. Saluda a Cario de mi parte.

—Sí, lo haré, seguro, Moss —respondió Woody sintiendo un sudor frío en todo su cuerpo, a la vez que le sacudía un estremecimiento profundo.

Se alejó Moss y su pareja de amantes, preguntándose cuánto

tiempo tardaría aquella bola de sebo llena de joyas en saber que había traicionado a Cario Lombardo, su jefe y amigo. Algo que era tanto como traicionar a Capone en persona.

Llegó al fin a un cortinaje, en el fondo de la sala, que salvó rápido, encontrándose en un corredor que circunvalaba la pista del Cotton Club. Corrió por él hacia la escalerilla que conducía a un altillo donde se hallaban los camerinos del local.

Llegó ante el camerino de Blue West cuando Roll Morton terminaba allá abajo su exhibición de *blues* en medio de una atronadora salva de aplausos. Ella estaba terminando de arreglarse ante el espejo oval de su tocador, rodeado de bombillas mate. Le miró a través del cristal azogado, con cierta sorpresa en sus ojos azules, muy pintados ahora, bajo su peluca rubia platino, de flequillo corto y patillas hacia adelante. Los collares de ámbar tintineando sobre el blanco descote.

—¡Woody! —exclamó arqueando las finas cejas, depiladas y pintadas artificiosamente, a la moda—. ¿Tú aquí? ¿Qué haces ahora, si puede saberse? No era esto lo convenido, encanto…

—Lo sé —balbuceó atropelladamente Leman penetrando en el camerino y cerrando tras de sí—. Tengo que hablarte, Blue. Con urgencia.

—Pues tendrás que esperar a que termine la actuación —dijo ella con aire de fastidio, arreglando una de sus patillas platinadas con sumo cuidado—. Roll ha terminado. Ese estúpido de Ringo dirá dos o tres chistes, porque nadie le soporta ni uno más, y tendré que salir a escena. Siéntate y toma algo. Tengo *whisky* en la escupidera. Naturalmente, nadie la usa más que para beber…

—Lo siento. Tienes que escucharme ahora —jadeó Leman tomándola por los hombros desnudos, suaves, aterciopelados al tacto—. Es importante, Blue. No admite espera.

Ella observó que temblaba. Y que tenía las manos frías y sudorosas. Hizo un instintivo gesto de aversión, entornando los ojos. Sus pestañas postizas aletearon como mariposas negras.

—¿Qué ocurre, Woody? —quiso saber—. ¿Algo ha salido mal?

—Todo —silabeó él, estremeciéndose—. Absolutamente todo, cariño.

Los labios cubiertos de *rouge* de Blue West se fruncieron. Calzó lentamente los dedos de su mano derecha con varios anillos caros,

de fulgurantes gemas.

—Explícame eso. Y deprisa —le apremió—. No entiendo nada. Dijiste que era fácil.

—¡Y lo era! —gimió Leman, exasperado, el rostro brillante por el sudor—. Pero falló. Ahora, tengo la agenda. Pero ellos lo han descubierto. No pude entregarla al federal, como estaba previsto…

—¿Por qué no?

—Le… le mataron. Encontré su cadáver en el callejón, cosido a balazos. Debieron recibir algún «soplo». Incluso en el FBI existen soplones que cobran de Capone, maldita sea… Tuve que huir…

—¿Con la agenda? —Los ojos de ella brillaron.

—Sí… —susurró Woody con expresión patética—. La llevo encima. Están todos los nombres, las direcciones, las sumas… ¡Todo! Pero no vale nada si no llega a las manos que puedan aprovecharlo…

—Claro, claro —ella meditó, mordiéndose una de sus largas uñas esmaltadas de rojo violento, pensativa—. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Sabe algo Cario?

—Lo sabe todo. Me anda buscando. Todo Cicero está en pie de guerra. Ralph debe haber sido informado. Esta misma noche lo sabrá Al en su celda de la prisión… ¡Es mi muerte segura si no me sacas de aquí, Blue! ¡Tú eres la chica que puede hacerlo!

—Es muy arriesgado, Woody.

—Ya lo sé. ¿Y qué? Más arriesgado es que den conmigo. Me harían «cantar». Me vería obligado a revelar tu papel en esto…

—¿Serías capaz de eso? —Ella le miró fríamente.

—¿Y yo qué sé? Nunca te delataría. Pero ellos tienen métodos. He visto confesar a tipos muy duros, Blue…

—Está bien —decidió ella rápidamente, cuando abajo sonaban las risotadas estrepitosas, y luego comenzaba un prolongado redoble de batería casi ensordecedor—. Aquí tengo algo para facilitarte la salida de Chicago, querido Woody…

El redoble continuaba retumbando abajo. Blue West abrió el cajón de su tocador. Cuando extrajo la mano, empuñaba una pistola automática con silenciador. Disparó dos veces sobre Woody Leman, antes incluso de que éste tuviera tiempo de darse cuenta de nada.

Asombrado, Woody se quedó mirando aquel arma de cañón prolongado, que acababa de meterle dos balas en el pecho a sangre

fría. Los ojos azules de Blue eran dos lagos helados, de implacable mirada. Su dedo marfileño parecía dispuesto a apretar por tercera vez el gatillo. Los taponazos de los dos disparos silenciados, no habían sido captados por nadie.

—Blue… Tú… —musitó, con gesto de supremo horror—. Me has… engañado…

—Como tú hiciste con los demás —sonrió ella, desdeñosa—: Era mucho dinero a repartir, si sacábamos esa suma por la agenda. Pero al fallar el plan, querido, esa agenda se convierte en dinamita para mí. Se la devolveré a Lombardo, con tú cadáver. Y no sólo quedaré al margen de todo esto, sino que me recompensarán generosamente por mi lealtad a la organización. Lo siento, amor mío. Es el precio del fracaso, debiste comprenderlo al empezar esto…

Fríamente, Blue disparó de nuevo sobre Leman. Pero ya éste, al retroceder en un vano empeño de huir de la muerte irremediable que quemaba ya sus entrañas, golpeó violentamente la ventana del camerino, destrozó sus cristales con el impacto, y su cuerpo se fue a la calle, donde se escuchó un sordo choque con el asfalto mojado por la bruma nocturna.

Blue maldijo entre dientes, mientras golpeaban en su puerta y una voz rutinaria la avisaba:

—¡A escena, Blue! ¡Es tú número!

—Ya voy, ya voy —jadeó, corriendo a la ventana destrozada, pistola en mano.

Asomó. Pudo ver un toldo desgarrado por la caída de Leman, antes de ir a parar al asfalto callejero, donde yacía inmóvil. Se mordió el labio, reflexionando deprisa.

—Tengo que coger esa agenda, por encima de todo —murmuró —. No puede ir a manos de la policía a cambio de nada. Vale demasiado para mí…

Se apartó de la ventana, con rápida decisión, saliendo del camerino a todo correr. En vez de bajar hacia el escenario, se dirigió al fondo del corredor de los camerinos, donde se hallaba la escalera de incendios, en el muro posterior.

—Que cuente un par de chistes más ese patoso de Ringo —murmuró entre dientes por el camino—. Yo tengo que recoger esa agenda como sea…

Mientras ella corría hacia la escalera de incendios, abajo, en la

desierta calle, ocurría algo que Blue West ni siquiera imaginaba.

Woody, al caer, habíase golpeado previamente en el toldo saliente de una tienda vecina de artículos para el automóvil. Desgarró el toldo, yendo a parar a la calle, pero eso amortiguó el impacto, que de otro modo hubiera sido mortal.

Aun así, notaba que se moría. Las balas ardían, quemaban en su pecho. La sangre empapaba sus ropas. Miró a ras del mojado suelo, a las luces parpadeantes del Cotton Club, allá en la esquina, a los lejanos faros de una limousine negra que pasaba rápida, por la calle vecina…

Y vio el buzón.

Era un buzón de Correos, justo a poca distancia de él, en la esquina. Se incorporó vacilante, en su agonía, sin sentir siquiera el dolor de sus magulladuras en todo el cuerpo. Caminó, tambaleándose, hasta el buzón. Con un supremo esfuerzo, tomó de su bolsillo un sobre cerrado, bastante abultado. Tenía unas señas escritas encima.

Pudo dejarlo caer por la ranura del buzón. Lo oyó golpear dentro, apagadamente.

—Tendrían que destruir ese buzón, suponiendo que supieran que está ahí —jadeó, con burbujas de sangre en su boca—. Ése es un delito federal muy grave. Pero será mejor que no sepan nunca… dónde está… la agenda…

Se apartó del buzón todo lo deprisa que le era posible, trastabilló, dando tumbos, hasta rodar por el asfalto, hasta la mitad de la calle, donde le abandonaron las fuerzas y la propia vida. Con un vómito escarlata, dejó de existir, boca abajo, con los ojos desorbitados y vidriosos, pegada la cara al asfalto mojado.

Cuando Blue West pisó ese mismo asfalto con sus zapatos de puntera afilada y altos tacones, todo había terminado. No parecía que Woody Leman se hubiera movido demasiado del lugar inicial de su caída. Febrilmente, ella registró sus bolsillos. Exasperada, repitió la operación, vaciándole todo con frenética angustia.

No había nada. Blue, pálida, se incorporó, dominando una sensación de rabia y de impotencia. Dio un puntapié furioso al cadáver.

—¡Bastardo! —rugió—. ¿Qué hiciste con la agenda, dónde la ocultaste? Dijiste que la llevabas encima… ¡y me mentiste, maldito

cerdo!

Regresó a toda prisa al Cotton Club, al que volvió por el mismo camino que utilizara al salir. Había matado a un hombre. Pero no obtenía de ello más provecho que el tapar una boca que pudo haber sido muy peligrosa para ella en caso de poder hablar…

Minutos más tarde, entre la luz y el humo del Club de Capone, Blue West entusiasmaba a su público adicto, cantando con melosa, ronca voz, uno de sus *blues* favoritos:

> «Cuando se retiraron las aguas
> tuve que hacer mi hatillo y marcharme,
> porque mi casa estaba en ruinas
> y ya no podía seguir viviendo en ella…»[1]

Su figura se movía, al ritmo sensual de la música importada a Chicago por los negros que años atrás huyeron de la esclavitud, haciendo de aquella ciudad uno de los templos de la música *de jazz*. Saddie West, la rubia platino de figura escultural y ojos celestes, más conocida por su nombre artístico de Blue West, era una de las figuras del momento, no sólo en el Cotton Club, si no en toda la ciudad. Incluso las pandillas rivales de Capone le respetaban y admiraban.

Nadie, viéndola sonreír, moverse, cantar con su voz profundé y sedosa, la hubiera podido imaginar asesinando poco antes a un hombre a sangre fría, en su propio camerino…

CAPÍTULO II

LOS INTOCABLES

Alexander Jamie, alto funcionario de la Oficina Federal de Investigación, meneó la cabeza con desaliento, contemplando a los miembros del «Comité Cívico para el castigo y prevención contra el crimen», reunidos ante él aquella soleada mañana de 1930. Al Comité se le llamaba más vulgarmente «Comité de los Seis» por su número de componentes. El coronel Robert Isham Randolph, presidente de la Cámara de Comercio de Chicago, era su principal promotor y creador.[2]

—Lo siento, caballeros —murmuró con amargura Jamie—. Teníamos virtualmente en las manos una posibilidad de acabar con esa chusma, encerrando a todos sus dirigentes en la cárcel, e incluso logrando una condena más amplia para Al Capone. Pero algo falló anoche. Uno de mis hombres resultó asesinado, poco antes de que también fuese muerto a tiros un individuo que nos iba a proporcionar las pruebas precisas para limpiar de gentuza esta ciudad de una vez por todas. Ese hombre era miembro de la banda de Capone, un hombre de confianza de ciertos jefes, que tenía acceso a documentos secretos de la organización. Ha aparecido en el asfalto de la calle, con dos balazos en el cuerpo. Y sin nada encima que nos permita abrigar esperanzas de tener éxito. Resulta obvio imaginar que sus asesinos le despojaron de cierta agenda en la que hubiéramos tenido a nuestra disposición nombres, datos, fechas, informes y detalles de todas las acciones, ingresos, cuentas corrientes, organizaciones afines e incluso nombres de respetables personas de Chicago que se dejan sobornar, así como la referencia a

la localización de documentos comprometedores para muchos.

—Lo cual quiere decir, Jamie, que estamos como al principio — señaló sombríamente al coronel Randolph.

—Exactamente, señor —admitió el federal con tristeza—. Con el agravante de que ni siquiera disponemos de otro posible traidor a la organización. Nadie, tras lo ocurrido a Woody Leman, se atrevería a traicionar ahora a Capone, caballeros.

—Esa gente hace lo que quiere y cómo le da la gana —se quejó otro miembro del Comité—. ¿Es que no existe modo de evitarlo?

—Lo intentamos todo, pero hasta ahora sin éxito, salvo en la condena de Capone.

—Una condena ridícula, en comparación con sus verdaderos delitos, usted lo sabe —se quejó Randolph frotándose el mentón con aire contrariado.

—Por supuesto. Soy el primero en lamentarme. Ustedes me han elegido para llevar a cabo esa guerra definitiva contra «Cara Cortada» y los demás hampones de Chicago, pero lo cierto es que todo se ha venido abajo cuando mejor parecían ir las cosas.

—Permítame una pregunta, Jamie —dijo Randolph—. ¿Cómo pudieron descubrir la traición de Leman y la intervención de su compañero del FBI en el asunto?

—No lo sé —confesó sombríamente Alexander Jamie—. Pero lo sospecho: existe un traidor en el FBI. Sólo así se pudo desmontar una operación tan bien organizada.

—¡Es lo que nos faltaba! —se lamentó otro del Comité—. ¡Sobornados y traidores en la policía, en la política ciudadana, en el Ayuntamiento, en el propio FBI…! ¿Es que no hay organismo alguno que se pueda encontrar honestidad, integridad total, gente que no se venda al dinero de Capone, personas incorruptibles que puedan acabar con esta lacra? Mientras exista un solo funcionario traidor, Jamie, cuanto se intente será inútil, porque la gente de Capone recibirá el soplo antes de que se llegue a nada positivo.

—Lo sé, señores —confesó Jamie, amargamente—. Admito que es difícil, por no decir imposible, encontrar tan siquiera un puñado de personas incorruptibles en todo Chicago, para luchar con éxito contra los *gangsters*.

El hombre alto, rubio, musculoso y enérgico que era Alexander Jamie, paseó por la estancia meditativo, las manos hundidas en los

bolsillos de su pantalón. Finalmente, se encaró con todos, cerca de la ventana asomada al centro urbano de Chicago, tan apacible y bullicioso a aquellas horas de la mañana, que parecía imposible imaginarlo como campo de batalla de los *racketeers* y de sus ametralladoras Thompson.

—Pero cuando menos, conozco a una persona que sí lo es —dijo.

—¿Una persona totalmente incorruptible? —dudó Randolph pestañeando.

—Sí. Una sola. Pero eso es poco. Un hombre solo no puede luchar contra el imperio de Capone.

—Pero sí podría formar un grupo, elegir a las personas adecuadas, todas ellas tan insobornables como él mismo —sugirió otro miembro del Comité.

Jamie frunció el ceño. En su mente, había comenzado a germinar la misma idea.

—Un grupo de federales que no se dejasen sobornar por el dinero de los *gangsters* —murmuró, como quien habla de utopías—. Un puñado de hombres dispuestos a todo con tal de terminar con el crimen organizado… sin que nadie pueda mediatizar sus actos… Es una posibilidad, sí. Contamos con el apoyo incondicional del fiscal George Johnson. Si él está de acuerdo y ustedes no se oponen, podría intentarse…

—Un momento, Jamie —terció Randolph prudentemente—. ¿Está totalmente seguro de la insobornabilidad de ese hombre?

—Por completo —afirmó el federal, con raro énfasis—. Podría jugarme mi piel por él, si a eso se refieren. Sé que no existe suma de dinero en el mundo capaz de inmutarle lo más mínimo.

—¿Y quién es esa perla? —indagó otro.

—Un hombre que acaba de salir del Centro de Formación de Washington. Agente federal con sólo veintiséis años y un amor profundo por su carrera. Odia el crimen, es un idealista, pero con los pies en tierra. Decidido, duro cuando es preciso, implacable si tiene que cumplir una tarea. Gran luchador, experto tirador, hombre fuerte y sensible a la vez.

—Lo dicho, una perla —suspiró el miembro del Comité—. ¿Puede saberse, además de todo eso, quién es exactamente ese hombre, Jamie?

—Sí —afirmó el federal tranquilamente—. Es mi propio cuñado,

señores. Se llama Ness. Eliot Ness.

* * *

—¿Eliot Ness?

—Sí. Soy yo. El fiscal Johnson y el jefe de la Oficina Federal de Chicago me esperan.

Walter, ayudante del Director del FBI en la oficina federal de Chicago, miró con cierto escepticismo la planta del recién llegado. Observó su rostro de facciones enérgicas, casi agresivas, sus ojos grises, duros e inexpresivos, su figura esbelta, aunque atlética bajo el traje cruzado de color gris perla. Un sombrero de color gris algo más oscuro, cubría su cabello claro, de un castaño dorado oscuro.

—Cuentan cosas increíbles de usted —dijo el hombre obeso, de mediana edad, que prestaba sus servicios como alto funcionario de la oficina federal de Chicago.

—¿De veras? —Ness encogió sus hombros, anchos y robustos bajo la guata de su chaqueta rayada—. Serán cosas de mi cuñado Alex. Me tiene mucho aprecio.

—Aquí no necesitamos parientes apreciados, Ness —dijo secamente Alien—. Es mucho más lo que van a pedirle a usted ahí dentro.

Los ojos grises de Eliot le estudiaron con frialdad al responder:

—Si lo que piden es guerra, la tendrán —su palabra era cortante —. Sacrificio, también. Milagros, no. Pero se pueden intentar.

—Por estas oficinas han pasado antes de ahora muchos como usted, Ness —suspiró Walter Alien encendiendo uno de sus gruesos habanos, tan gordos quizás como los que fumaba el propio Capone, aunque evidentemente de peor calidad e inferior marca—. Los hemos visto al final trabajando a sueldo de Capone… o muertos a ráfagas de ametralladora en cualquier esquina.

—Lo sé. El segundo caso, es un riesgo que siempre se corre en este trabajo.

—¿Y el primero… no? —inquirió sutilmente Alien.

—En mi caso concreto, no —afirmó rotundo Ness.

—Se dice que todo el mundo tiene su precio —sugirió Alien irónico.

—Eso dicen. El refrán no va conmigo, señor Alien, se lo aseguro. No existe nadie capaz de pagarme para que no cumpla con mi

deber.

—Cuidado. Capone es sumamente rico y poderoso, incluso en la cárcel, de donde no tardará en salir, desgraciadamente. Sus tentáculos llegan lejos. Puede sobornar a cualquiera, incluso al alcalde de esta ciudad.

—Puede ser. Pero yo no soy el alcalde de Chicago. Si lo fuera, no me sobornaría.

Alien le estudió atentamente, con aire entre perplejo y dubitativo.

—Me gustaría pensar que es usted realmente así —confesó—. Me parece realmente un tipo honesto, Ness Y de buena fe. Pero que aún no se ha tropezado con un individuo que ponga ante sus narices una suma desorbitante, miles de dólares tal vez. Un millón, incluso.

—¿Sólo eso? —Eliot ni pestañeó, limitándose a exhibir una sonrisa indiferente—. Si supiera que pueden comprarme por un millón, con dos o con tres, me sentiría el ser más desgraciado y despreciable del mundo, señor Alien.

En ese momento, mientras boqueaba el subdirector federal ante la firmeza rotunda de su joven interlocutor, se abrió la puerta vidriera del fondo, asomando por ella su cuñado Jamie, que le hizo un gesto.

—Ya puedes entrar, Eliot —invitó—. Te esperamos.

—Con su permiso, señor Alien —dijo Ness, echando a andar hacia la puerta.

Ésta se cerró tras él. Ness se encontró ante un grupo de hombres, en una estancia donde el humo de tabaco formaba una tenue neblina. Había tazas de café en la mesa. Los perspicaces ojos de Ness observaron que era realmente café, no una bebida alcohólica puesta en taza para despistar, como solía hacerse desde que se aprobara la Ley Volstead, decretando la Prohibición.

—Siéntese, Ness —invitó el fiscal Johnson tras ser presentado el recién llegado a los otros hombres allí acomodados, que no eran sino el Director del FBI en Chicago, el ayudante del fiscal y un funcionario de policía con fama de honesto, el jefe Hendrix. Estamos reunidos aquí para disponer un nuevo método de guerra contra el imperio del crimen en esta ciudad. Su cuñado le ha elegido a usted para llevar esa misión. ¿Se ve con fuerzas para ello?

—Me hice federal para eso, señor —dijo calmosamente Ness—.

Espero sus órdenes.

—Verá: esto es sólo un experimento. De usted dependerá que pueda llegar a ser algo más —dijo Johnson paseando por la estancia —. Hasta ahora, todo cuanto se intentó para acabar con el poderío de Capone, para frenar sus exorbitantes importaciones de licores o el funcionamiento de sus destilerías clandestinas, han fracasado. Si lográramos ahogar su fuente de ingresos, su imperio se desmoronaría. No hablemos si, de paso, nos fuera posible probar contra él delitos federales más graves de los probados hasta ahora. Por desgracia, hasta ahora resultó inútil, en gran parte porque los hombres que destinamos a esa tarea, fueron sobornados o asesinados.

—Conozco la historia, señor.

—Usted ha sido elegido para formar un grupo de personas intocables, capaces todas ellas de seguir adelante sin escuchar soborno alguno, sin dejarse coaccionar por dinero o amenazas. Y sin temor a nadie.

—¿Dónde debo escoger a esas personas?

—Eso será asunto suyo. También lo será todo lo demás: usted organizará el grupo, usted dispondrá de fondos ilimitados, sin tener que dar cuentas a nadie de sus gastos. Ni tampoco de sus actos. Si en ocasiones no puede actuar de forma ortodoxa o demasiado legal para frenar a esos criminales, no tendrá que rendir cuentas a nadie de su modo de actuar. En suma, tendrá carta blanca para todo.

—Me gusta la forma de exponerlo. Se puede hacer.

—Entonces, manos a la obra. Pero recuerde: debe rodearse de personas totalmente leales. Un fallo, un error, una traición, significarían el fin del proyecto y, quizás, su propio final, Ness. Por otro lado, recuerde que intentarán sobornarle. Y si no cede, probarán con métodos más expeditivos y violentos.

—Estaré preparado —sonrió Ness—. ¿Es todo, señor?

—Todo. —Johnson le miró complacido—. Me cae usted bien. Creo que su cuñado no exageró nada al describirle Si alguien puede hacer lo que soñamos conseguir en es:; ciudad, ese alguien es usted, no me cabe la menor duda.

—Esperemos, por el bien de todos, que esté usted es lo cierto — fue lo único que comentó Ness, antes de ser informado más detalladamente de todo cuanto debía de a cabo para iniciar la

misión.

Cuando Eliot abandonó la oficina federal, sabía bien cuál era su línea de conducta a partir de ese momento: la acción directa, pura y simple. Acabar con sus destilerías, acosar y destruir sus camiones de carga de alcohol, aniquilar todo el material de los *gangsters*, asfixiar sus fuentes de ingresos… Y llegado el caso, utilizar métodos expeditivos, puesto que los jueces se habían convertido en los colaboradores, involuntarios o no, de la impunidad de los bandidos. Sus órdenes judiciales de registro o incautación siempre llegaban tarde o eran avisadas previamente a las bandas; sus condenas a los detenidos eran leves, unas veces con soborno, otras por contar los pistoleros con los mejores abogados del país.

—Se ha terminado la batalla legal —le dijo Johnson al despedirse—. Utilice otros métodos con esa chusma, Ness. Nada de documentos ni mandamientos legales. Utilicen el Colt, el rifle de cañón corto o la ametralladora Thompson, como hacen ellos. Ha de ser una lucha a muerte, una batalla sin cuartel, con sus mismas armas.

—La tendrán, señor —prometió Ness con firmeza—. La tendrán.

Y la tuvieron. Ness siempre cumplía su palabra.

* * *

Allí estaban los elegidos Todos ellos, al menos de momento.

Marty Lahart, un atleta irlandés que siempre reía con buen humor; Robsky, gigante bigotudo, especialista en teléfonos y, sobre todo, en intervenir líneas: Frank Basile, un buen amigo suyo de su confianza, rubio y bien plantado, que tanto servía para vaciar un arma sin fallar una sola bala en el blanco, que conducir un coche de forma suicida, sin producir un solo rasguño al vehículo. Finalmente, Joy Lelson, confidente de Ness, guardia de corps suyo personal desde ese momento, y también conductor fuera de serie. Y Duke Vincent, claro.[3]

Duke era cosa aparte. Además de viejo amigo suyo —viejo, pese a que Ness contara sólo veintiséis años y Duke veintisiete—, persona de integridad absoluto, Valor temerario y una capacidad de lucha envidiable. Ex boxeador *amateur*, atleta universitario, deportista cien por cien, tirador de élite, campeón de tiro en varias ocasiones, periodista aficionado por un tiempo, culto e inteligente,

era una mezcla perfecta de inteligencia y fuerza física, unido a una rapidez de reflejos pasmosa. Además de todo eso, Duke Vincent era atractivo como un galán de moda en la pantalla, elegante como un *dandy* y divertido como pocos.

—¿Quieres que sea uno de tus intocables? —le preguntó a Ness, dejando así bautizado, casi sin querer, al grupo de hombres que se estaba formando—. Pues está hecho, Eliot. Volveremos a pelear juntos, como cuando ganábamos siempre a las pandillas de nuestro barrio, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba. Ness sonrió, asintiendo. Por eso había reclutado a Duke para el grupo. Porque eran camaradas de infancia y se conocían como hermanos.

—Eso va a estar bien —comentó poniendo una de sus fuertes manos en el hombro de Duke, vestido aún de *smoking* tras una fiesta nocturna, tras la cual no se había llegado a acostar todavía, con expresión afectuosa—. Los Intocables… Me gusta el nombre, sí. Seremos como has naza, muchacho. Esa gente va a saber desde ahora lo que son Los Intocables…

Era el inicio de una etapa. Dentro de pocas horas, Chicago iba a arder con la primera acción de Los Intocables capitaneados por Eliot Ness.

Capítulo III

Arde Cicero

Frank Nitti succionó su puro ávidamente. Luego se tomó un largo trago de *whisky*. Su mirada se clavó en los demás.

—Quiero esa agenda —dijo fríamente.

Hubo un silencio tenso en el grupo. Sólo se escuchó la música de piano, allá en el escenario del Club Lévrier de Cicero, donde se había reunido esa noche. Y momentos después, la voz profunda, grave y melodiosa de un jovenzuelo de ojos azules y pelo rubio, que acababa de debutar en el local, y que se llamaba, según los carteles, Bing Crosby. Desconocido, pero con una buena acogida por parte del público.[4]

—Frank, estamos tras ella —dijo Cario Lombardo tragando saliva—. Los muchachos han removido ya de arriba a abajo la vivienda de Leman, sin encontrar nada. Pero la agenda aparecerá. Tiene que aparecer. Blue sabe que él la tenía esa noche…

—Es lo que él dijo, al menos —cortó fríamente Blue—. Me intentó seducir, diciendo que había mucho dinero para los dos en este asunto y todo eso. El muy sabandija… No tuve otro remedio que matarle. Sabes muy bien que os soy del todo fiel, Frank.

—Claro, preciosa, claro que lo sé —sonrió Nitti, deslizando su mirada por los muslos sedosos de la joven, visibles bajo la falda corta de flecos al tener cruzadas sus piernas con descuido—. Y es lo que os conviene a todos: ser fieles al viejo Nitti, como yo lo soy al gran Al, desgraciadamente ausente todavía. Pero con el control en sus férreas manos, como todos sabéis.

Hubo un general asentimiento por parte de Lombardo, el gordo

Moss Talbot y un tercer miembro del grupo, Renzo Apolo, pistolero profesional, guardaespaldas personal de Cario Lombardo. Blue se Limitó a exhalar nubecillas de humo en forma de anillos por su breve nariz, mientras jugueteaba con su collar de perlas, largo hasta las rodillas. Esta noche llevaba una peluca intensamente negra, de pelo corto, en vez de la platinada de la noche anterior. Pero eso a nadie extrañaba. Todos estaban habituados en Cicero a las excentricidades de la sofisticada cantante del Cotton Club.

—De modo que vamos a intensificar la búsqueda —prosiguió Nitti imperturbable—. Esa agenda es dinamita pura. Si cae en poder de los federales, se hundiría la mitad de la organización como poco. Johnny Rocco fue un imprudente al conservar datos como ésos, recogidos en una agenda. Pero el pobre Johnny está ahora en el otro mundo, tras su ataque cardíaco y no es cosa de culparle ya a él de nada. Ese bastardo de Leman cogió la agenda de donde Rocco le dijo de buena fe que la guardaba, e intentó comerciar con ella. El federal que debía pagarle la transición está muerto. Pero la agenda sigue por ahí, pese a que también está muerto Leman. ¡Y yo quiero esa agenda! Eso es todo, muchachos. Espero que por la mañana, la agenda esté en mi despacho. En caso contrario…

Miró fríamente a sus compañeros de mesa, uno por uno. No añadió más. Ni hacía falta. Más de uno notó un escalofrío al imaginar lo que daba a entender aquel rudo individuo de cara aplastada y expresión brutal, siempre cubierto con un sombrero gris perla, como su jefe Capone. Todos sabían cuáles solían ser las represalias de Frank Nitti cuando algo no funcionaba como él quería.

—Creo que es todo —dijo luego, con su calma más peligrosa—. Bebamos un poco más. Y a trabajar enseguida, no lo olvidéis… Incluso tú, preciosa, tendrás que hacerlo.

—Yo no sé dónde buscar —bostezó Blue West indolente, mirándose las uñas manicuradas—. Liquidé a ese cerdo, ¿no? Y busqué la agenda. Creo que hice cuanto me era posible, Frank.

—Pero eres lista, conoces a la gente, Blue. Y los hombres se ablandan contigo y te cuentan cosas —una manaza de Nitti se puso en su rodilla, subiendo por su muslo, hasta el borde de las bragas, sin que ella protestara—. Pon en juego tus artes, pequeña. El que me traiga esa agenda sabrá de mi generosidad, no lo dudéis.

—Está bien —ella se encogió de hombros, mientras los chatos dedos de Nitti se metían bajo el elástico de su braga, y el *gánster* resoplaba, con ojos turbios—. Pero a Al no le gustaría mucho verte con la mano metida ahí, Frank, querido…

Nitti retiró vivamente su mano de la entrepierna de Blue, como si algo en ésta se hubiera convertido en áspid venenoso. Blue sonrió, fumando en su boquilla de ámbar mientras carraspeaba el otro, pensando en un posible enfado de Capone por toquetear a una de sus favoritas.

—Perdona —dijo secamente—. Eres capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera.

—Lo sé —rió ella—. No pierdas la tuya demasiado pronto, Frank…

En ese momento, alguien se acercó al grupo. Era un tipo flaco como un lápiz, vestido a rayas verticales gruesas, grises y negras, con una gardenia en el ojal. Era Nito Gardenia, otro de los hombres de confianza de Nitti. Tenía la cara alargada, ojos redondos, como un besugo, nariz ganchuda y pelo liso, oscuro, muy engomado. Estaba más colorado que de costumbre al sentarse junto a ellos.

—Han asaltado hace una hora el *Dreamland* —informó escueto —. Encontraron a la gente bebiendo licor y jugando. Han destrozando el almacén con todo el *whisky* almacenado allí. Y han precintado el local.

Nitti juró, atragantándose con su bebida. Se puso rojo, desorbitando los ojos.

—¿Qué diablos dices? —aulló, mirando a Gardenia como si éste fuese un sepulturero o un ave de mal agüero.

—Lo que has oído, Frank —dijo Gardenia humedeciendo calmoso sus labios—. Está todo hecho un lío por allí. Dos muchachos intentaron resistirse a tiros. Los liquidaron. Eran Lou Garrett y Tony Yaccaro. Los que entraron allí no se andan con bromas.

—¡Pero tendrían mandamiento judicial! —rugió Lombardo, muy pálido.

—¡Y un cuerno! —rezongó Gardenia, impávido—. Su único mandamiento eran ametralladoras, pistolas e incluso una escopeta de cañón corto en manos de un gigante irlandés. Entraron a saco, destrozando puertas y vidrieras. Pescaron a la gente con las manos

en la masa.

—¡Eso es ilegal! —bramó Nitti, frase que hubiera hecho reír a más de uno.

—Claro —admitió Gardenia—. Eso dijeron los encargados del club. ¿Y sabes qué les respondió el tipo que les mandaba? Que ellos tenían sus propias leyes. Y cargaron con todo sin miramientos. Eran como una plaga de langosta, Frank.

—Pero… pero… —Nitti se ahogaba—. ¿Quiénes eran esos bastardos? ¡Los hundiré!

—Yo no les conocía de nada. El jefe dijo llamarse Ness. Eliot Ness. Y añadió que eran Los Intocables. Eso es todo. Pero el precinto es del FBI, eso sí…

—¡Los Intocables! —repitió Nitti, frenético—. Me hablaron de ellos hoy, esta misma mañana… Tuve información al respecto, pero no les di importancia. Pensé que era una más de las desesperadas tretas de los federales contra nosotros… Maldito ese Ness… Hay que buscarle pronto. Y pagarle lo necesario para que se esté quieto y no juegue a los héroes. Encárgate de eso, Lombardo.

—He visto a ese Ness de cerca, muchachos —suspiró Gardenia apaciblemente—. Y me temo que no sea tan fácil sobornarle. Le oí decir que él era incorruptible. Y sus hombres también.

—¡No hay nadie incorruptible! ¡El dinero lo puede todo! — Gruñó Nitti.

—Eso pensaba el gerente del *Dreamland* cuando les ofreció diez mil por olvidarlo todo —rió Gardenia—. ¿Sabes lo que hizo Ness? Arrestarle, acusado de intento de soborno. Se lo llevaron en un coche, bien esposado.

Nitti soltó una retahíla de improperios. Se puso de pie con tal violencia que se tambaleó la mesa, derribando algunas copas y botellas. Crosby, en el escenario, dejó de cantar un momento, para mirarles con su bobalicona expresión de buen chico irlandés, antes de seguir con su tonadilla resignadamente.

—Me largo a arreglar eso —dijo entre dientes el lugarteniente de Capone—. Veré a Ralph esta misma noche. Hay que arreglar lo de esa pandilla de federales. Y vosotros recordad: ¡quiero esa agenda mañana mismo! Estoy harto de problemas…

Salió disparado del establecimiento. Los presentes se miraron entre sí. Blue encendió otro cigarrillo, mientras se alisaba la falda

de satín rojo.

—Me parece que será mejor trabajar a fondo —dijo—. Nitti no está de buen humor.

—Sólo nos faltaban esos Intocables del diablo… —refunfuñó Talbot, estrujando una con otra sus gordezuelas manos repletas de anillos.

* * *

El estruendo fue devastador.

Gritos de sobresalto brotaron por doquier. La gente se volvió hacia la entrada, asustada por el estrépito. Ojos incrédulos vieron derrumbarse la puerta del local, en medio de un caos de astillas, vidrios esmerilados y metal cromado, para ver entrar en el recinto nada menos que a un coche negro, un sedán blindado con una especie de ariete metálico en su radiador, que era lo que había echado las sólidas puertas abajo.

—¡Nadie se mueva! ¡En nombre de la Ley, no intenten nada! —gritó una voz.

Y del sedán saltaron tres hombres, armados y decididos, cubriendo con sus dos pistolas y su fusil de cañón corto a los presentes.

—¡Policía federal! —añadió el del fusil, con tono seco—. ¡Nada de resistencia!

Un individuo de la sala no pensó igual. Se volvió, rápido, llevando la mano a su funda sobaquera con precipitación.

Rugió el rifle con poderoso estampido, lanzando contra una mesa de juego al imprudente, con el pecho reventado por una potente bala. Su sangre salpicó a las elegantes damas que formaban corro en torno a la mesa de bacarrá, en medio de chillidos de histeria. Otro empleado de la casa, con aires de «gorila» profesional, optó por sacar de debajo de la mesa de ruleta una bien camuflada ametralladora Thompson de carga circular.

Tampoco llegó a utilizarla, porque del interior del coche brotó una corta ráfaga que segó la vida del pistolero antes de apretar el gatillo. Se dobló sobre la mesa de juego, vomitando sangre encima de números, fichas y billetes. A su lado, una gorda oxigenada se desmayó del susto.

Los demás empleados del local, en su mayoría secuaces de la

banda de Capone, elegantemente ataviados de *smoking*, decidieron alzar sus brazos, dando por terminada la batalla.

—Así me gusta —dijo el hombre de traje gris y sombrero flexible, avanzando hacia ellos, con su pistola automática en una mano y su placa de federal en la otra—. Esto queda clausurado por contravenir la ley de prohibición del juego en este Estado, así como quebrar la Ley Volstead sobre la prohibición de bebidas alcohólicas. Los presentes deberán identificarse ante mis hombres debidamente, antes de subir al coche celular que les aguarda fuera. Si alguien intenta escapar, lo pasará mal.

Fue una larga procesión de damas escotadas y caballeros asustados, camino del negro automóvil celular apostado fuera del casino clandestino de Cicero. La calle mojada se llenó de gente bien vestida que era cargada dentro del furgón policial como vulgares maleantes, junto a los sicarios de «Cara Cortada» que regentaban el local.

Después, tabletearon las armas en el interior, abriendo fuego sobre las mesas de juego primero, para continuar luego en los almacenes del sótano con cajas y cajas de botellas de licor, alguna de ellas elaboradas por las destilerías de Capone, pero otras importadas del Canadá a través del Lago Michigan por los *racketeers* de la ciudad.

Terminado el destrozo, se precintó el local. Era el tercero en caer en una sola noche en el distrito de Cicero, imperio total de Capone y su banda.

Los Intocables habían empezado la batalla contra el hampa de Chicago.

* * *

Faltaba poco para clarear.

Las calles estaban desiertas. El asfalto, negro y charolado por la tenue lluvia.

Soplaba un gélido aire húmedo procedente del lago. Pero nada de eso parecía intimidar demasiado al solitario grupo de personas reunido al pie del muro posterior del Cotton Club, en plena calle.

Eran tres personas: dos hombres y una mujer. Ellos, Carlo Lombardo y su guardaespaldas Renzo Apolo. Ella, Blue West, la estrella del *jazz* en el Cotton.

—De modo que aquí murió Leman —repitió Lombardo una vez más, señalando el punto en la calzada mojada.

—Ahí exactamente —asintió Blue con indiferencia, dando unos pasos sobre el empedrado. Sus altos tacones tintinearon sobre los adoquines de la calzada—. Y no vi a nadie que pudiera recibir de sus manos la agenda, lo comprobé sin lugar a dudas.

—Eso, seguro. Si hubiera estado sobre su cadáver, en estos momentos el FBI hubiera hundido a Nitti y a todos nosotros —rezongó Lombardo, pensativo.

Su esbirro, Apolo, paseaba por la calle revisando cuanto les rodeaba, como si la cosa no fuera con él. Llevaba un gabán negro, con bufanda de seda blanca, sobre su *smoking* impecable. Se cubría con una chistera de reflejos. Se sabía irresistible con las damas y cuidaba su físico como lo más preciado de su persona.

—Pues no lo entiendo —confesó al fin Lombardo con irritación—. ¿Dónde pudo ir a parar esa maldita agenda?

Apolo se había detenido cerca de donde cayera sin vida Leman. Se agachó, examinó el suelo. Tocó con la yema de los dedos algo entre los adoquines. Luego se volvió mirando hacia un lugar determinado. Caminó en esa dirección. Y al fin se detuvo, satisfecho, señalando el suelo.

—Ahí —dijo—. Ahí fue a parar, sin duda, la famosa agenda.

Sorprendidos, Lombardo y Blue se volvieron a él. No entendían nada.

—¿Qué diablos quieres decir, Renzo? —Gruñó el *gánster*.

—Ese buzón postal —rió Apolo—. La cosa está clara.

Leman se sentía morir, pero no estaba muerto ahí. Se arrastró hacia el buzón. Y tiró en él la agenda.

—¡Imposible! —protestó Blue—. Cayó de la ventana. Tuvo que matarse…

—Mira ese toldo. Está roto, acaban de remendarlo —suspiró Apolo—. Debió rebotar en él. Eso amortiguó el golpe. Hay señales de sangre seca entre los adoquines, la llovizna no pudo aún borrarlas. Recorrió este camino. La última señal de sangre se ve en el bordillo de la acera, junto al buzón. Eso aclara todo.

—¡Dios! —bramó Lombardo—. Eres un lince, muchacho. Pero si envió por correo esa agenda… ¿a quién diablos pudo mandársela? Estamos como al principio…

—Si lo que dice Apolo es la verdad, puede que tenga la explicación —dijo Blue, con repentina excitación en el tono de su voz.

—¿Tú? —dudó Lombardo, mirándola esperanzado—. ¿A qué te refieres?

—Woody tenía pocos amigos, era persona nada sociable, por lo general… Su único y, por ello, mejor amigo, era un tal Gino Valenti. Es el único italiano que toca *jazz* en una orquesta de importancia en esta ciudad: la de Mezz Mezzrow en el South Side.

—¡Mezz! —refunfuñó Lombardo—. Ese musiquillo reventador de drogas…

—El mismo. Valenti toca en su orquesta mixta, de músicos negros y blancos. Si él no es el destinatario de ese envío, no sé qué otra persona podría ser, pero seguro que de existir otra en Chicago o en alguna otra parte, él lo sabría…

Lombardo miró su reloj, nervioso. Luego, se humedeció los labios.

—Es tarde ya. Ese Valenti estará durmiendo en su casa. ¿Crees que puedes dar con él pronto, Apolo… y sacarle la verdad al tal Valenti?

—Claro —rió huecamente el guapo pistolero, entornando sus fríos ojos—. Déjamelo a mí, Cario. Os veré cuando tenga la agenda… o el nombre del destinatario.

Lombardo sabía que Apolo cumpliría su palabra.

Así fue. Cuando se reunieron, amanecía ya sobre Chicago un día nuboso y desapacible. Apolo traía los nudillos desollados, sucios de sangre. Blue le miró, fumando con indiferencia, en aquel pequeño bar recién abierto en Cicero.

—¿Y bien…? —preguntó, impaciente, Lombardo.

Apolo sonrió desdeñoso. Meneó la cabeza, sentándose y pidiendo un té con limón.

—Fácil —bostezó—. El tipo tenía poco aguante. Además, se *esnifaba*… le saqué la verdad con unos cuantos mamporros.

—Eso está bien —suspiró el *gánster*, aliviado—. ¿Tenía la agenda?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos…?

—Espera, Cario, no seas impaciente —sonrió Apolo, de nuevo—.

Él no la tenía. Pero sabía quién podía recibirla, de enviar Leman algo a alguien. No tenía muchos amigos, Blue tuvo razón. Se lo envió a una amiguita suya que vive en esta misma ciudad, seguro. No tenía a nadie más, a menos que lo enviara a la policía, cosa que no hizo, sin duda.

—Acabemos. ¿Quién es esa amiga?

—No la he oído nombrar nunca, pero tengo ya su dirección —rió Apolo—. ¿Vamos a verla?

—Claro, inmediatamente —asintió Lombardo. Arrugó el ceño y miró a su guardaespaldas—. ¿Y ese Valenti? ¿Qué hiciste con él después de sacarle la verdad?

—Nada —suspiró Apolo, abriendo sus manos—. Se cayó por la ventana. Él solito… Se destrozó la cabeza. Al menos es lo que pensarán todos cuando lo hayan encontrado…

—Eso está bien —aprobó Lombardo, encaminándose a la salida—. Vamos, olvídate del té. Urge más esa maldita agenda. ¿Te quedas tú, Blue?

—Sí —suspiró ella, moviendo la cabeza—. No me gusta la violencia. Id vosotros.

—Buena chica —aprobó Lombardo, riendo, con un chasquido de lengua—. Ahora, dime, Apolo. ¿Cómo diablos se llama esa fulana a quien vamos a ver?

—Ada Murray. Y vende flores en el Appropwhead Inn, donde Mezzrow toca precisamente con su orquesta, de la que formaba parte el infortunado Valenti…

—Ada Murray, ¿eh? —refunfuñó Lombardo, sentándose al volante de su limousine—. Pues más le valdrá entregarnos esa agenda, si la tiene…

Capítulo IV

Agenda Mortal

—Ada Murray es su nombre.

—¿Ada Murray? —repitió Ness, mirando fijamente a su interlocutor.

—Así es, Eliot —sonrió Duke Vincent—. Una preciosa chica, por cierto.

—Sé que tu debilidad son las faldas, Duke —también Ness alteró algo su habitual gravedad con un asomo de sonrisa—. Espero que nunca sea motivo de problemas en este trabajo que hemos iniciado.

—No lo serán. Nunca me lío con mujeres casadas. Ni con fulanas que puedan tener relación con gente dudosa. Ada no es de ésas, Eliot, te lo aseguro.

—Pero me has dicho que vende flores en un club nocturno… con unas faldas muy cortas y un descote sumamente atrevido.

—Forma parte de su trabajo. Si preguntas en el Approwhead Inn, te dirán que es la chica más decente que ha pasado por allí. Hasta los *gangsters* la respetan.

—Espero que sea cierto, Duke, aunque no es asunto mío inmiscuirme en la vida privada de mis hombres. Pero ya sabes que los tentáculos de Capone son alargados. Buscará el punto débil de cada uno de nosotros en cuanto vea que no puede sobornarnos.

—Eso, seguro. Ada Murray no será *mi* punto débil, eso te lo prometo. Se trata sólo de una muchacha adorable, pero nada más. Que salgamos juntos alguna vez en estos últimos días, no quiere decir nada.

—Por eso te había llamado. —Eliot se puso nuevamente serio,

examinando unos folios en un dossier, antes de alzar la vista para fijarla en su subordinado—. ¿Sabías que esa chica era amiga personal de Woody Leman?

—Sí —asintió Duke—. Me lo dijeron en el club. Pero sólo eso: amiga, en el mejor sentido de la palabra.

—Ya lo sé —respondió secamente Ness—. Leman no era de los tipos que se fijan en chicas como Ada, salvo de forma paternalista. A él le gustaban otra clase de hembras, como Blue West, la cantante del Cotton Club. Ya sabes, senos abundantes, buenas cunas y todo eso. Y viciosas, a ser posible. Blue West lo es. Además, es amiga de muchos *gangsters*. Pero *amiga* en el peor sentido de la palabra, para seguir con ese modo de expresamos.

—Eso también lo sé. Precisamente Blue West está trabajando donde mataron a Woody Leman. ¿Vas a decirme eso también?

—Exactamente. Woody fue visto dentro del Club. Luego, apareció muerto en la calle, de varios disparos. La caída, según el forense, no le provocó la muerte, sino las balas.

—¿Qué sospechas?

—Que Blue puede saber mucho más de esa muerte. Era amiga de Leman. Al menos, se les había visto juntos varias veces. Pero a través de la policía local, sabemos que ella negó saber nada del asesinato de Leman.

—¿Todo esto tiene que ver algo con Ada Murray?

—No lo sé. Pero Robsky me habló de tu reciente relación con la florista. Y quise hacerte unas preguntas sobre la chica.

—Supongo que vas a sugerirme que le haga algunas preguntas a mi vez a ella, con tacto, para que le sonsaque algo acerca de Woody, si es que ella lo sabe. —Sonrió Duke cruzándose de piernas y encendiendo un cigarrillo.

—¿Cómo lo sabes? —Ness enarcó las cejas, hundiendo los pulgares en las sisas del chaleco gris, como era su costumbre—. Eso, suponiendo que no lo consideres intromisión en tus asuntos privados, claro…

—De hecho, lo es —alzó una mano, para detener una protesta de su jefe—. Pero no te preocupes. No me cuesta nada sacarla a la conversación en cualquier momento. Ella sabe que soy policía, aunque no que pertenezca a Los Intocables. Y sabe que asesinaron a su viejo amigo Leman. No se sorprenderá si saco la conversación. Si

sabe algo, me lo dirá. Y yo te lo comunicaré de inmediato. ¿De acuerdo, Eliot?

—De acuerdo —sonrió Ness tendiéndole su mano abiertamente —. Gracias por tu comprensión, Duke. Me gustaría encontrar esa agenda que busca todo el FBI, la policía de Chicago… y, por supuesto, me imagino que los gangsters de esta ciudad, si es que no la tienen ya ellos en su poder, como sería de imaginar, dadas las circunstancias.

—Esta noche veré a Ada, si no tenemos trabajo que hacer —dijo Duke, camino de la puerta del despacho—. No perderé el tiempo en averiguar lo que sea…

—Esta noche, por el momento, no habrá actividad. Pero estamos a la espera de un importante «soplo» sobre una destilería clandestina de Capone, situada a las afueras de Chicago, cerca del lago. En cuanto sepamos algo más concreto, nos pondremos en acción. Pero no creo que nos de tiempo esta noche. De todos modos, te avisaré si es así, Duke.

—De acuerdo, Eliot —agitó su mano desde el pasillo, en despedida cordial—. Hasta mañana, entonces, si no hay contraorden… Eh, mira quién viene por ahí. Creo que tienes visita, Eliot…

—¿Quién es? —De inmediato Ness se puso en guardia. Sus acerados ojos brillaron con la combatividad habitual en él.

—Nada menos que un pez gordo… Frank Nitti en persona. Te dejo.

—Sí, será lo mejor. —Ness arrugó el ceño—. ¿Qué querrá ese hampón de mí, para meterse en el propio edificio federal, que supongo no debe resultarle un lugar demasiado grato?

Poco después, tenía la respuesta a su interrogante. El distinguido Frank Nitti, aquel hombre con cara de camionero y ropas de *gentleman*, le expuso con claridad el objetivo de su visita, apenas cumplidas las formalidades de rigor:

—Mire, Ness, me envía un buen amigo. Desea hacerle un regalito generoso: un talón bancario de muchos ceros. Ponga usted delante el número que quiera, desde el uno al nueve. Pero tendrá siempre un mínimo de cinco ceros detrás, ¿qué me dice?

La respuesta de Eliot Ness no se hizo esperar. Minutos más tarde, una vidriera esmerilada del despacho federal se hacía añicos, para

dar salida, a trompicado, a un Frank Nitti lívido de ira, con un reguero de sangre corriendo por su mentón, desde el labio partido por un formidable puñetazo de Ness. Se fue rodando por el corredor, ante la sonrisa de varios funcionarios federales, teniendo que recoger su abollado sombrero con gesto de rabia, antes de salir disparado del recinto, mientras retumbaba tras él las ásperas palabras pronunciadas por el jefe de Los Intocables:

—¡… Y dígale a sus amigos y jefes, Nitti, que ni Eliot Ness ni sus hombres se venden por ninguna suma de dinero! ¡No podrá tenernos en su nómina, como a muchos otros de esta podrida ciudad, ni aunque ponga siete ceros en esa cifra!

El asunto, pues, estaba claro. Horas más tarde, Nitti, aún restañando sangre de la comisura de su labio, informaba a Ralph Capone, hermano del *boss* encarcelado y, por el momento, amo de cotarro en Chicago, de la contundente respuesta de Ness.

Ralph Capone entornó sus ojos, mordisqueó el cigarrillo que fumaba y murmuró con acritud:

—Al será informado de esto en prisión. Está a punto de salir. Espero que él decida lo que hay que hacer con ese puñado de estúpidos federales insobornables… ¡pero por mi parte al asunto está claro! Habrá que matarles a todos ellos, Nitti.

—Si ello es así, déjame a mí a Eliot Ness en persona, Ralph —jadeó Frank, lleno de rencor—. Me gustaría ocuparme de él, palabra…

* * *

Duke Vincent miró su reloj, sorprendido.

Era tarde. Demasiado tarde. Ada nunca se demoraba así para presentarse a su trabajo. El gran Milton «Mezz» Mezzrow, hijo de rusos aunque nacido en Chicago, y uno de los pocos blancos que supieron entender antes que nadie el significado y valor del *jazz* negro, había comenzado la actuación en el club.

Su clarinete, realmente mágico de sonido, resonaba en el silencio casi religioso del local, llenando de emoción a los espectadores. Nadie podía imaginar, oyendo tocar a aquel virtuoso de la música «estilo New Orleáns», que hubiera aprendido a tocarla en la cárcel, cuando estuvo en ella por robar un coche con un pandillero amigo, ya en su adolescencia. Mezz era prodigioso ya por

entonces.[5]

Pero aunque a Duke le gustaba la música de *jazz*, los *blues* y todo lo demás, ahora se sentía demasiado inquieto para escuchar al clarinetista del South Side atentamente. Estaba pensando en Ada. Y en su retraso.

Poco antes, el gerente de la sala le había hablado al respecto, con aire irritado:

—Es raro que esa chica se retrase tanto en entrar al trabajo. Parecía muy formal desde que entró aquí. Los clientes están pidiendo sin cesar tabaco, flores o cualquier otra cosa. Y ella no aparece. Si tarda media hora más, no tendré más remedio que despedirla.

Duke telefoneó a su casa. Sonó el teléfono, pero nadie respondió a la llamada. Regresó a la sala, donde permaneció durante media hora, inquieto, nervioso, dirigiendo frecuentes miradas al reloj de bolsillo.

Por fin, a punto de cumplirse el plazo dado por el gerente a su florista, volvió al teléfono del vestíbulo, marcando el número de la casa de apartamentos donde vivía Ada, en Pershing Road.

Esta vez sí contestó una voz de mujer, para alivio de Duke:

—¿Aló? —Sonó al otro extremo del hilo.

—Ya era hora —exclamó Duke—. Ada, ¿qué diablos te ocurre, que haces aún en casa? El gerente va a despedirte si no vienes de inmediato para acá…

—Un momento —cortó la voz femenina—. Se equivoca. Yo no soy Ada.

Duke se había dado cuenta ya de eso ahora mismo, al oír la voz del teléfono más prolongadamente.

—Perdone —se excusó—. Creí que era ese teléfono. Tal vez me equivoqué…

—No, no se equivoca. Aquí vive Ada, pero ella no está ahora. Imaginé que estaría ya en el club hace tiempo… Es su hora de trabajo. ¿Seguro que no está allí?

—La llamo yo desde el club. Y no está. ¿Sabe qué ha podido ocurrirle?

—No. Soy su compañera de apartamento. Trabajo a horas diferentes a las de ella. Soy enfermera. Cuando yo vuelvo a casa, ella se ha ausentado para iniciar su tarea nocturna. No la he visto

hoy. Pero imaginé que, como siempre, estaría ahí ahora…

—Pues no está. Y eso me preocupa. Sobre todo, porque perderá su trabajo, y no están los tiempos para eso…

—Ada es una chica muy seria y formal. No faltaría sin advertir antes a la empresa de las razones, pero éstas habrían de ser muy serias para apartarla de su trabajo.

—Pienso lo mismo, señorita…

—Lañe. Doris Lane, señor…

—Vincent, Duke Vincent. La verdad, no sé qué hacer…

—Espere un momento. Le contesto desde el pasillo, que es donde está el teléfono. Veré si en su habitación hay algo que nos permita imaginar adonde ha podido ir…

Duke esperó unos momentos. Luego, volvió a sonar la voz en el teléfono. Pero estaba agitada, llena esta vez de inquietud, incluso de temor.

—No lo entiendo, señor Vincent —habló con apresuramiento—. Pero algo le ocurre a Ada. Su cuarto está revuelto, todo vaciado, cajones, ropa tirada… Incluso una fotografía suya enmarcada, está con los vidrios rotos, como pisoteada…

—¡Dios mío! —Duke palideció—. No se mueva, por favor. Estaré ahí en un momento.

Su negro *sedán* voló por las calles húmedas de la ciudad, en dirección a Pershing Road, al sur de Cicero. Duke conducía nervioso, en tensión. Algo le decía que aquella situación podía tener algo que ver con la muerte de Woody Leman.

Y esa idea no le gustaba nada.

Cuando llegó al edificio de ladrillo rojo donde Ada compartía su apartamento con otra chica, encontró a ésta aguardándole en la puerta de la calle, impaciente.

Resultó ser una joven de pelo rubio oscuro, ojos claros y piel suave, de figura grácil, armoniosa, vestida con un conjunto de lana azul celeste y collar de perlas baratas colgando sobre sus firmes, pequeños y juveniles pechos erectos.

—Dios mío, suba pronto conmigo —le espetó, apenas se identificó él, bajando de un salto del automóvil ante la puerta de la casa—. He encontrado algo que me da mala espina, señor Vincent.

Duke y ella subieron al cuarto piso, donde se hallaba el apartamento, el número 47. Pronto se enfrentó el joven federal al

desorden del dormitorio de Ada, donde, como dijera su compañera, todo estaba desordenado terriblemente. El colchón había sido desgarrado, vaciado de lana en parte, los cajones volcados, las ropas tiradas en desorden, las lámparas volcadas. Lo contempló todo, ceñudo, pálido, lleno de preocupación.

—¿Qué es lo que ha encontrado? —preguntó roncamente.

—Esto —dijo ella—. Ada lo puso sin duda en la cocina, para que lo encontrase yo. Estaba dentro de un pequeño jarrito de cerámica donde guardamos los fósforos para encender el fuego. Iba a calentarme café, cuando lo he encontrado. No sé qué puede ser, la verdad… pero me asusta.

Duke tomó lo que ella le entregaba. Arrugó el ceño, inquieto.

Era un pequeño cartón circular, de color verde. En él aparecía impreso una cifra y una letra:

326-F.

Eso era todo. Pero unido al cartoncillo, iba un papel cortado a toda prisa, prendido con un alfiler, al disco verde, donde se había escrito presurosamente una línea:

«Guarda esto si me pasa algo, Doris».

Era todo. Duke humedeció los labios. Tragó saliva, sintiendo una rara presión en su estómago. Solía ocurrirle cuando algo no le gustaba. Pudo ver que el gesto de la rubita no era tampoco demasiado feliz al mirarle fijamente.

—¿No había nada más? —indagó.

—Nada más. ¿Qué puede significar?

—No lo sé. Este cartón podría ser un resguardo de una consigna de paquetes, casa de empeños o algo parecido. Chicago es muy grande. Puede tardarse meses en dar con el lugar al que corresponde esta contraseña. Eso, suponiendo que sea así…

—¿Por qué haría Ada una cosa así? Cuando salí esta mañana a mi trabajo en el hospital no estaba en el jarroncito de la cocina, eso seguro. Lo debió poner hoy.

Duke no comentó nada. Preguntó por el propietario de aquel apartamento. Doris Lañe le dijo que era la propietaria: la señora Carpenter, que vivía en el sexto piso. Fue a verla.

Lo que la señora Carpenter le explicó, no aclaró mucho. Pero puso una nota aún más grave en la situación. Tras identificarse Duke como federal mostrándole su credencial la mujer explicó en

tono mesurado:

—Esta noche, a primera hora, recibió la visita de tres hombres. Sí, llamaron a la puerta de la casa. Les vi desde la ventana. Y como no me gustan las visitas masculinas a las inquilinas de mis apartamentos, asomé a ver adónde iban. Los vi entrar en el apartamento de las señoritas Lañe y Murray. Como ambas son de gran estima y conozco su seriedad, imaginé que la visita no era de las de carácter inmoral. Eso sí, los hombres vestían muy bien. No parecían en absoluto las personas que podían relacionarse con Ada Murray: un coche lujoso, largo y negro, les esperaba en la calle. Los tres lucían trajes elegantes, bien cortados, sombreros flexibles de última moda…

—Dios mío —jadeó Duke, evocando la forma de vestir de los pandilleros de Capone.

—Estuvieron poco rato en el apartamento. Les oí salir de nuevo. La chica iba con ellos. Subieron todos al coche, alejándose. Es cuanto pude ver.

—Supongo que no se fijaría en la matrícula del automóvil…

—Cielos, no. Es imposible verla desde mi ventana, puede comprobarlo.

—¿Observó alguna señal de violencia? ¿Pensó que la señorita Murray iba con ellos a la fuerza?

—Pues no, no lo pensé… Pero aguarde, ahora que lo dice… Uno de ellos llevaba a la chica por el brazo. Imaginé que era una forma afectuosa de conducirla…

—Tal vez no lo fuese, señora. ¿Alguno de ellos tenía una seña peculiar, algo que usted recordase de su persona?

—No, nada. Ya le dije que vestían elegantemente. Sus zapatos relucían en la escalera. Los sombreros eran todos grises, caros. Oh, ahora recuerdo que uno de ellos, el que encabezaba al grupo… era un mozo guapísimo, más elegante que los demás…

—¿Moreno, rubio, alto, bajo…?

—Parecía de estatura mediana, delgado. Era moreno, eso seguro. No vi su pelo, pero tenía la piel bronceada, cejas negras. No recuerdo más, lo siento.

—Está bien, señora. Gracias por todo. Tal vez sea suficiente…

Regresó abajo con Doris. Ésta parecía más asustada que nunca.

—¿Teme… teme que la secuestraron? —gimió ella por la

escalera.

—Sí. Eso es lo que me temo.

—Pero ¿por qué, Dios mío?

—No sé. ¿Le habló su compañera alguna vez de un amigo suyo llamado Woody Leman?

—Sí. Precisamente ayer. Estaba llorando. Dijo que había aparecido muerto, que lo mataron… Parecía desolada. Fue poco antes de salir yo al trabajo, cuando vino el cartero y le trajo un paquete a Ada…

—¿Paquete? —Duke arrugó el ceño—. ¿Acostumbra a recibir mucho correo?

—No, casi nunca. Tiene pocas amistades. Y creo que su familia no quiere saber nada de ella… Viven en el Medio Oeste, creo. Nunca habla de sus familiares.

—¿Sabe quién le enviaba ese paquete?

—No, en absoluto. Ella parecía sorprendida. Miró el remitente. Y se metió en su cuarto con rapidez, para abrirlo. Pero no comentó nada. Y yo me fui de inmediato. No he vuelto a verla desde entonces, señor Vincent.

Duke asintió, meditativo, pidiendo permiso para revisar la basura de la casa. En el cubo de la cocina encontró lo que buscaba: los restos de un sobre roto, desgarrado, que parecía haber contenido, por la forma, un envió bastante voluminoso. Iba manuscrito el sobre, a nombre de Ada Murray, a sus señas. Miró el remitente. Y lanzó una imprecación, perdiendo el color de inmediato.

—¡W. Leman! —jadeó—. ¡Lo que me temía!

Y dejando a Doris perpleja, corrió al teléfono del pasillo de aquel piso, telefoneando de inmediato a Ness. Le informó de todo. La respuesta de Eliot es la que él esperaba justamente:

—De todo esto se deduce que han raptado a Ada Murray porque sospechan que ella posee la agenda. Leman debió enviarle a ella esa agenda por correo la noche en que le asesinaron. Y ahora, si ella está en poder de la gente de Capone, sólo vivirá mientras no confiese dónde tiene oculta la agenda. Pero si se la da a ellos… la matarán sin remedio.

—Estamos de acuerdo, Eliot. ¿Qué se puede hacer?

—De momento, no mucho. Intentaremos dar con los raptores de

Ada. Sospecho, por la descripción que te han dado, que Renzo Apolo está metido en esto. Es un pistolero guaperas. Y si él anda en ello, es que también está mezclado hasta el cuello su patrón, Cario Lombardo, un pez gordo de la Mafia, a sueldo de Capone.

—Pobre Ada, Dios mío…

—Dios quiera que no la encontremos demasiado tarde, Duke…

El temor de Eliot Ness estaba justificado. La policía de Chicago encontró a Ada Murray al otro día. Sólo que estaba muerta, en la orilla del Lago Michigan, en unos embarcaderos. Había muerto ahogada, pero el forense encontró poca agua en sus pulmones.

Ya estaba muerta por asfixia cuando la tiraron al lago, eso era evidente. Su cuerpo tenía claras huellas de haber sido torturada refinadamente.

Duke se derrumbó al enterarse. Ness, abatido pero sereno, manifestó sordamente, ante el cadáver de la muchacha, en la Morgue de Chicago:

—Esto quiere decir una sola cosa, Duke: esos *gangsters* tienen la agenda en su poder. Pero, entonces… ¿qué significa ese cartoncito verde? ¿Qué es lo que ocultó Ada y dónde puede estar ahora?

CAPÍTULO V

¡MUERTE A LOS INTOCABLES!

—¡Bravo! —aprobó Ralph Capone, hojeando ávidamente la agenda, para estar seguro de que no soñaba. Miró radiante a Frank Nitti y Cario Lombardo—. La recuperamos al fin… Esto va a gustarle a Al. Le va a gustar mucho, muchachos. Será la mejor noticia que reciba hoy, junto con la de su libertad el próximo sábado…

—¿No falta ninguna página, Ralph? —se interesó Nitti vivamente.

—Ni una sola. Fuiste muy temerario al permitir que Woody tuviera acceso a esta agenda, Cario —le reprochó severamente el hermano de «Cara Cortada» Capone—. Si llega a caer en manos de los federales, como estuvo a punto de ocurrir, toda nuestra organización se hubiese resquebrajado seriamente…

—Lo siento, Ralph. —Lombardo bajó la cabeza—. Nunca pensé que Woody fuese un traidor.

—Yo tampoco. Pero el dinero hace cometer locuras. Suerte que Blue no nos falló… Ahora, escarmentados de todo esto, lo mejor será destruir la agenda, para que estos datos no caigan en poder de nadie. Es mala cosa dejar constancia escrita de ciertas cosas, Cario.

—Pero mucho de esos datos no se pueden memorizar… —objetó el *gánster*.

—Tendremos que hacerlo. En cuanto estén memorizados, se destruye el librito, y se acabó —guardó la agenda bajo llave en su propio secreter—. ¿Y el abogado?

—¿Millard? No hay problema. Está en nuestra nómina. Ada Murray fue tonta al confiar en él para depositarle la agenda. Claro

que ella no podía saber que era uno de nuestros asalariados. Cuando le vio llegar, entregándonos lo que ella le diera tan celosamente, creyó morir. Y lo cierto es que era su sentencia de muerte. Cuando Apolo le aplastó la almohada en la cara, comprendió que iba a…

—Ahórrate detalles desagradables —le atajó Ralph Capone, molesto—. Sabes que no me gustan las descripciones macabras, Cario. La chica está fuera de circulación, eso basta. Tal vez sabía demasiado para lo que nos convenía a nosotros. Woody le hizo un flaco favor a su amiguita al enviarle por correo esa agenda…

—Otra cosa, Ralph —terció Nitti ahora, con gesto hosco—. ¿Qué hacemos con Ness y sus Intocables?

—He transmitido a Al los informes sobre el fracaso del intento de soborno. Su respuesta no podía ser otra, Frank. ¡Acabad con esa pandilla de tipos como sea! Tenéis carta blanca para hacerlo. Pero Al y yo queremos resultados…

—Los tendrás —prometió Nitti, sordamente—. De eso me encargo yo, Ralph. Informaré a los muchachos. Y lo preparamos todo para dar a esos Intocables del diablo un escarmiento definitivo…

—No hay mejor escarmiento que la muerte. Si es posible, eliminadles a todos. Pero, especialmente a su jefe, Eliot Ness. ¡Matad a Los Intocables! Es orden personal de Al, recordadlo…

* * *

La destilería estaba en todo su apogeo aquella noche.

Situada en un camino vecinal de las afueras de Chicago, en dirección a Waukegan, estaba flanqueada por un denso bosque y por las aguas del lago Michigan, tras las alambradas de las instalaciones en desuso de un centro de entrenamiento naval. Era un lugar oscuro, tranquilo y solitario, ideal para destilar *whisky* con la marca Capone. Trabajaban en ello una docena de hombres, entre alambiques y barriles, cajones y botellas para precintar una vez repletas del clandestino licor.

La actividad era febril esa noche. Los hombres de vigilancia paseaban por las naves del edificio y por los alrededores de la factoría, metralleta en ristre, por lo que pudiera suceder.

Sin embargo, cuando surgió de la noche la amenaza rugiente, les

sorprendió a todos ellos con pasmosa facilidad.

Fue como un monstruo inesperado, emergiendo de la negrura, con dos enormes ojos blancos, relucientes, cegadores, que deslumbraron a tres guardianes armados de la puerta. El motor del vehículo era como una voz bramando ferozmente contra sus insignificantes enemigos. Éstos, atemorizados, confundidos, retrocedieron, sin saber qué hacer, mientras aquella especie de bestia maligna hollaba ruidosamente a su paso toda clase de arbustos, que se convertían en astillas bajo las ruedas poderosas, camino del portalón de acceso, ante el cual se alzaba una alambrada de mediana altura.

Ésta no bastó a detener al camión que, tras embestirla, la arrugó como si fuese de papel, desgarrándola lo suficiente para penetrar a través del boquete abierto como un alud incontenible.

—¿A qué esperáis? —aulló uno de los pistoleros—. ¡Disparad! ¡Es sólo un camión, maldita sea, no se trata de King Kong!

Los hombres dejaron de correr, para empuñar sus ametralladoras Thompson con energía, abriendo fuego sobre aquella mole que se venía sobre ellos. Pero sus balas cayeron en rociadas sobre el blindaje delantero del vehículo, rebotando con maullidos metálicos, estridentes. Y en modo alguno pudo frenar la marcha de aquella especie de tanque devastador, salvo para hacer estallar uno de sus potentes faros, al ser alcanzado por un proyectil que provocó un destrozo de vidrios bastante ruidoso aunque totalmente apagado por el bramido del motor.

Desde el interior del camión brotó un rosario de balas zumbando ruidosamente en la noche. Dos de los pistoleros de guardia saltaron de atrás, alcanzados por los abejorros de metal candente, mientras una voz potente avisaba:

—¡Tiren las armas! ¡En nombre de la Ley, no opongan resistencia! ¡Policía federal!

Aún así, intentaron resistir. Varios disparos más alcanzaron el camión, pero a cambio, otros dos hombres de la banda se desplomaron, heridos por las ráfagas disparadas desde el vehículo.

Después, la embestida de éste sobre el portalón, con su ariete montado ante el radiador, convirtió las pesadas hojas de madera en simples astillas, en medio de un fragor virulento. El coche penetró como un alud en la destilería, provocando el pánico general de sus

ocupantes.

Ness repitió su aviso, mientras mostraba la credencial en una mano y la pistola en la otra. Junto a él, el fornido Marty Lahart, el irlandés, el gigantón Robsky y el ágil Vincent, empuñaban fusiles ametralladores, que abrieron fuego sobre alambiques, cajones de botellas y barriles, haciendo saltar por los aires chorros de *whisky* de alta graduación y pésima calidad.

Los operarios de la destilería se dividieron en dos grupos: los que se escapaban a todo correr de los visitantes, y los que, extrayendo armas de fuego de entre sus ropas de trabajo, se dispusieron a resistir.

Éstos cometieron un gran error. No se encontraban delante de policías dispuestos a arrugarse o ceder terreno ante la intimidación de una batalla a tiros en toda regla. Estaban frente a Los Intocables. Y los procedimientos de ese grupo, nada tenían que ver con los utilizados hasta entonces por los agentes de la legalidad.

—¡No sean necios, resistir por la fuerza no conduce a nada! —avisó Ness.

Luego, al ver pistolas automáticas en manos de cuatro o cinco de los operarios de la destilería, comenzó el tiroteo.

Las armas de los federales vomitaron fuego de modo arrasador. Saltaron como peleles los hombres de Capone, cuyas armas sólo lograron perforar la plancha metálica de las portezuelas del camión, abiertas para cubrir a los federales. Tras ellas, las ametralladoras de Ness y sus camaradas rugían en respuesta, abatiendo a casi todos los oponentes en escasos segundos.

Los demás alzaron sus armas rápidamente, entregándose a los agentes. Pero Duke Vincent, con la cara transfigurada por el odio, avanzó decidido, metralleta en mano, dispuesto a seguir apretando el gatillo sobre los enemigos que se rendían.

—¿Qué pretendes hacer? —Le detuvo Ness enérgicamente, cerrando su recia mano sobre el brazo de su subordinado—. No me importaría que apretaras el gatillo hasta cansarte, si el tal Renzo Apolo y los que asesinaron a Ada estuvieran aquí ahora. Pero ése no es el caso. No hemos venido a vengarnos, sino a acabar con la destilería, Duke. Si alguien resiste arma en mano, se le abate sin contemplaciones y en paz. Pero si la gente se entrega, no podemos acribillarles como ratas.

—Yo deseo venganza, Eliot —silabeó Duke, con ojos helados, relucientes.

—Muy bien. Pues dimite de tu cargo, abandona el grupo y ve a buscar tu venganza por ahí. No toleraré que ninguno de mis hombres se deje cegar por sentimientos personales. Siento tanta rabia como tú por lo de esa pobre chica, pero no será con venganzas así cómo se podrá hacer justicia, Duke, piénsalo bien. Ahora, apártate. Robsky, Lahart y yo destruiremos el licor. Tú cubre a esa gente con tu arma. Confió en ti, como verás. Estoy seguro de que no dispararás a menos de que sea absolutamente necesario y justificado. ¡Vamos, seguidme!

El irlandés y Robsky siguieron a su jefe a la nave almacén, donde crepitaron de nuevo las armas, pulverizando las botellas, barriles y depósitos. Por cientos de agujeros saltaron chorros de alcohol color ámbar, empezando a anegar el lugar.

Enmudecieron las ametralladoras. Ness sonrió duramente, bajando su humeante Thompson.

—Vamos —dijo—. Aquí no queda nada en pie que pueda servirles a esos facinerosos.

A su espalda, tableteó la ametralladora de Duke Vincent. Los tres Intocables cambiaron una mirada de inquietud. Ness avanzó presuroso hacia la nave vecina. El arma de Duke humeaba, ante el rostro crispado del joven federal.

Rápida, la mirada gris de Eliot buscó al blanco de esa ráfaga. La encontró fácilmente. Era un hombre vestido de operario, con mono azul y camisa blanca. Su brazo derecho colgaba inerme, con el hombro y el codo rotos a balazos. La sangre chorreaba de su mano, para caer a regueros encima de una voluminosa automática negra, pavonada, caída en el suelo. Los demás, brazos en alto, se limitaban a mirar, asustados.

—Llevaba el arma bajo el mono —explicó secamente Duke—. La sacó de repente. Tuve que disparar para evitar que lo hiciera él, Eliot.

Ness asintió con un destello en sus ojos. Miró al herido fríamente.

—Podías haberlo matado, Duke —comentó—. Estaba justificado.

—Recordé lo que me dijiste antes. Y preferí herirle solamente.

—Bravo. Así me gusta, Duke. Vuelves a ser tú mismo. La

venganza no te ciega tanto como llegué a temer.

—No estés demasiado seguro de eso.

—Lo estoy —sonrió Ness, apretando su hombro con calor—. Vamos, esposad a los tipos que puedan andar. Los demás serán conducidos por una ambulancia, ahí hay un teléfono que podemos usar para llamarla. Esto se ha terminado por esta noche. Es un buen golpe para Capone. Era su mejor destilería en la zona. Había aquí toneladas de *whisky*. Supone una pérdida de bastantes cientos de miles de dólares para la organización… y una pésima noticia para Capone, que sale pasado mañana de la cárcel.

* * *

Sí, fue una pésima noticia para el hombre gordo, medio calvo y con la cicatriz surcando su mejilla izquierda, en recuerdo de alguna reyerta lejana de cuando Alfonso Capone era mucho menos conocido que ahora.

Se puso rojo como la grana, empezó a soltar blasfemias en napolitano y en inglés, perfectamente alternadas, y luego comenzó a destrozar muebles, objetos y cuanto había a su alcance en la oficina.

—¿Y para esto he salido de aquella infecta celda? —bramaba—. ¿Para encontrarme con un puñado de inútiles que no logran meter en cintura a unos cuantos piojosos federales de nuevo cuño?

—Al, hermano, no somos ningunos inútiles —trató de defenderse Ralph—. Hacemos todo lo posible, pero… pero Eliot Ness es un hueso duro de roer. Ya sabes que no se deja «untar». Sus esbirros tampoco, lo hemos intentado. Incluso he oído un rumor: uno de ellos era amigo de la chica a quien Apolo tuvo que liquidar. Y ha jurado vengarse, sea como sea.

Capone siguió jurando en napolitano de la más pura cepa, mientras encendía un cigarro que acabó momentos después estrujado en un cenicero, como un alcachofa, siendo sustituido de inmediato por otro.

—Pues eso se ha terminado —dijo sordamente, logrando apaciguarse un poco, lo suficiente como para cambiar su chaqueta rayada por un batín de seda roja, y aflojar el nudo de su corbata a cuadros lo bastante como para liberar un poco su recio cuello de toro—. Ahora me ocupo yo personalmente del asunto. Y no admito

contemplaciones con ese Ness ni con su pandilla, Ralph. Pon a trabajar a la gente en esto. A toda. A la mejor gente. No toleraré que nuevas destilerías sean pulverizadas por ese puñado de dementes. Eso no es legal.

—Legal… —rió entre dientes Lombardo, presente en la reunión de bienvenida al *boss* en aquel lujoso centro comercial de Cicero, donde tenía uno de sus cuarteles generales—. Ese chiste le haría gracia a Ness, seguro.

—¡Pues a mí no me hace ninguna! —bramó Capone, fulminando con la mirada a su subordinado—. Admito que nosotros tenemos que hacer las cosas ilegales para sobrevivir, pero ellos, nada menos que la flor y nata de la policía americana, los federales…

—Parece ser la técnica de los Intocables —señaló Ralph amargamente—. A lo ilegal, oponen la ilegalidad. A lo violento, la violencia. Es su norma. Y les va bien hasta ahora, maldita sea.

—Pero en ese terreno, nosotros somos mejores que ellos. —Capone entornó sus ojos astutos, frotándose el mentón, mientras fumaba despacio su grueso habano—. Mucho mejores. Y vamos a demostrarlo.

—¿Cómo?

—Matando a Eliot Ness —dijo Capone—. Esta misma noche.

Ralph y Lombardo se miraron asombrados, como si no creyeran lo que oían. Frank Nitti, que entraba en ese momento en el despacho con un montón de periódicos recién aparecidos en los quioscos momentos antes, con la noticia de la libertad de Capone a toda plana, se quedó también de una pieza mirando a su jefe.

* * *

Eliot Ness abrió la puerta, echando a andar escaleras abajo hacia la acera, camino de la limousine oscura que esperaba aparcada en el bordillo, frente a la casa donde acostumbraban a reunirse los Intocables desde su organización.

Hacía una noche desapacible, de fuerte viento húmedo, lluvia a ráfagas, helada e intermitente, pero sumamente molesta, y una temperatura que iba en descenso. Se subió el cuello de su gabán, ajustándose mejor el ala de su sombrero gris flexible, mientras cruzaba la acera.

Justo entonces, el coche gris dobló la esquina, a su derecha. Y

simultáneamente, como por puro azar, otro coche, un pequeño sedán negro, lo hizo por la esquina opuesta, a su izquierda. Iban a distinta velocidad, como si nada tuviera que ver una cosa con otra.

Pero Ness siempre ponía en duda el azar. Y recelaba mucho de las casualidades. Por ello, repentinamente, se puso en acción cuando los dos automóviles sincronizaron su velocidad en sentido opuesto, el uno al encuentro del otro.

Saltó como un gamo, precipitándose luego al suelo velozmente, en una zambullida vertiginosa, justo cuando los dos coches coincidían ante la casa de la que había salido. La noche se llenó de estruendo.

Rugieron las ametralladoras, invadiendo la oscura zona con el fulgor de las llamaradas. El tableteo áspero, seco, llenó la noche. De ambos coches, por las ventanillas, emergían los cañones metálicos, vomitando fuego y balas.

Pasó el huracán de fuego sobre la cabeza y cuerpo de Ness, tumbado en el asfalto tras su propio automóvil, que resultó alcanzado por numerosas balas. Desde tierra, el federal disparó su potente 45 sobre los automóviles, ahora en fuga en dirección contraria a aquella de la que procedieran.

No pudo alcanzar el coche gris, más rápido que su arma, el cual dobló la esquina tras una última ráfaga que hizo añicos los vidrios de su coche, produciendo rebotes agrios de las balas en el pavimento callejero, no lejos de él.

Pero con el sedán negro tuvo más fortuna. Alcanzó de lleno a la carrocería en varios puntos, antes de que pudiera desaparecer tras la esquina contraria. Las balas dieron en el radiador, depósito de combustible y conductor.

El vehículo se desvió, saltó de la acera, con un escalofriante maullido de neumáticos en el asfalto, para irse a empotrar en una tienda cercana de material eléctrico. Chisporroteó el motor, envuelto en humo. Luego, el fuego alcanzó la gasolina.

Se produjo una tremenda explosión, estalló el coche en mil pedazos en medio de una bola de fuego y humo. Las pavesas volaron por la calle, hasta caer cerca de Ness, agazapado aún en la acera, pistola en mano, endurecida la expresión.

Vio arder el coche con gesto inescrutable. Lejanas, sonaron las sirenas policiales. Meneó la cabeza, ceñudo.

—De modo que lo intentaron al fin —murmuró—. Y sabían dónde y cuándo hacerlo. ¿Quién pudo informarles de nuestro lugar de reunión?…

CAPÍTULO VI

DUKE INVESTIGA

Era el edificio que buscaba. Comprobó en el portal que una placa metálica anunciaba la consulta del abogado Troy Millard en el segundo piso del inmueble. Miró el papel que llevaba en el bolsillo, para estar completamente seguro.

—Es el mismo —dijo—. Abogado de numerosos pandilleros de esta ciudad. ¿Qué tendría que ver Ada Murray con él, para tener su nombre, sus señas y teléfono en la lista de direcciones de la cocina de su apartamento? Doris Lañe no sabe ni siquiera que su compañera de apartamento tuviese un abogado propio…

Se dispuso a entrar. Rápidamente, sin embargo, dio media vuelta, fingiendo estar buscando en los buzones del vestíbulo, mientras se bajaba el ala del sombrero. El hombre de gabán negro y sombrero gris perla pasó junto a él rápidamente, ajustándose unos guantes de cabritilla a las manos. Conocía bien a aquel elegante caballero, aunque no de modo personal. Figuraba en el fichero de Ness. Su nombre era Cario Lombardo. Un pez gordo, amigo personal de Capone. Y el patrón de Renzo Apolo, el hombre que tal vez fue en busca de Ada a su casa. Y que tal vez la asesinó luego, después de torturarla…

Procuró alejar de su mente esa idea. Dejó pasar de largo a Lombardo, que ni siquiera se fijó en él. Le siguió con la mirada tras los cristales de la puerta de la casa. El gánster subió a una *limousine* suntuosa, cuya portezuela mantenía abierta un chofer de facciones alargadas, vestido impecablemente de uniforme.

Cuando se alejó el vehículo, Duke subió al segundo piso.

Momentos más tarde, una secretaria pizpireta, con el pelo a lo garzón y una falda por encima de las rodillas, que dejaba ver sus muslos hasta las mismas bragas cuando estaba sentada en la antesala del abogado, le introducía en presencia de Troy Millard.

Un hombre alto, elegante, de pelo canoso en las sienes, sonrisa fácil y gesto cordial, le recibió, indicándole el asiento ante él. Parecía todo un caballero, pero Duke se había acostumbrado a no fiarse de las apariencias, sobre todo en la actualidad.

—¿Y bien, caballero, usted dirá en qué puedo ayudarle? —se ofreció solícito el abogado.

—Es muy sencillo, señor Millard —dijo fríamente Duke, sin sentarse siquiera—. Vengo por una muchacha llamada Ada Murray.

Le vigilaba atentamente. Millard disimuló, pero no pudo impedir una reacción instintiva que Duke pudo captar gracias a su agudeza.

Fue un leve tic en su pómulo derecho, al tiempo que una contracción casi imperceptible de los dedos de la mano que apoyaba en la mesa del despacho. Sólo eso. Pero bastaba.

—Temo no entenderle, señor. No conozco a ninguna Ada Murray —dijo cortés, pero seco.

—Miente —cortó con frialdad Duke—. Usted sabe por qué la asesinaron.

—¿Se ha vuelto loco? Si no se marcha de aquí inmediatamente llamaré a la policía…

—Yo soy la policía —replicó Duke, mostrándole la credencial con brusquedad—. Y ahora responda, Millard, porque tengo pocos miramientos con las ratas como usted. Sé que Cario Lombardo es uno de sus clientes. Pero también sé que Ada Murray le conocía. Tal vez incluso confiaba en usted.

—No sé de qué me está hablando. Debe de haberse equivocado de hombre, señor.

—Tal vez —dijo fríamente Duke—. En todo caso, me equivocaré también de cadáver, Millard. Y lo siento por usted.

Extrajo su revólver ante la mirada de horror del abogado, que dilató sus ojos al ver que amartillaba el arma, apuntándole directamente a la cabeza.

—Pero… pero ¿qué hace? —Alzó sus manos, aterrado—. Esto no tiene sentido…

—Ya se lo he dicho. Le mataré por error, posiblemente. Pero

nosotros, los policías, podemos salir con buen pie de un lío así en estos tiempos. Esta ciudad está podrida, ¿lo sabía? Arreglarán el asunto de modo que salga bien librado. Pero usted estará muerto para entonces, Millard.

—¡Usted está loco, no hay duda! —clamó el abogado, palideciendo lleno de horror—. Aparte esa arma, por el amor de Dios. Puede dispararsele…

El revólver rugió. La bala silbó junto a la oreja del abogado, agitando sus canosos cabellos antes de clavarse en un diploma enmarcado, cuyo vidrio pulverizó. Fuera, en la antesala, se oyó el grito de una mujer, lleno de pánico. Y la caída de una silla.

—¡No se asuste, preciosa! —voceó Duke, amartillando de nuevo —. Soy policía. Y su jefe está en apuros, eso es todo. No se moleste en llamar a la policía. Pertenezco al FBI.

Se escuchó un resoplido. Y nada más. Millard estaba lívido, temblando de miedo.

—Dios, es usted un demente peligroso… —jadeó—. No puede obrar así. Las leyes…

—Al diablo las leyes. Usted ya las conoce. Y también cómo se burlan en esta ciudad, abogado. Hábleme de Ada Murray. Pero, ahora, que sea la verdad. Esa bala sólo era un aviso. La próxima tiraré a la cabeza. Lombardo no va a sacarle de ésta. Ni Capone tampoco.

—¿Pero qué quiere saber? Está bien, tengo un cliente llamado Ada Murray, sí. Pero eso es confidencial, secreto profesional y…

—Y ella le confió una agenda. Sin duda cometió ese error, la pobre. Usted se la entregó a Lombardo. Eso condenó definitivamente a muerte a la chica. La asesinaron, tirando su cadáver al lago. Eso es lo que sucedió, ¿verdad, abogado?

—Ésa… esa chica se metió en un buen lío —murmuró Millard, angustiado—. Me envió una agenda con el encargo de que la guardase en su nombre. Pero luego, confesó a los *gánsteres* que la tenía yo… Tuve que dársela a viva fuerza… Me amenazaron con matarme si hablaba…

—Ya. Y Lombardo ha venido hoy a pagarle los servicios prestados, ¿verdad? —Miró en tomo—. ¿Cuánto le pagó por ese servicio, maldito bribón?

—Le… le juro que no me pagó nada… —gimió el abogado,

lívido—. Sólo me trajo un obsequio, una caja de puros… yo no la quería, pero él insistió. No se puede negar uno a nada con esa gente. Me tienen en sus manos, como a todo el mundo…

—Enséñeme esa caja de puros —dijo Duke fríamente—. Y el cheque que le dio. O le pego un tiro, elija usted.

—¡Palabra de honor que no me dio un solo centavo! —sollozó casi Millard—. ¡Mire, sólo me entregó esto! ¡Puede verlo por sí mismo!

Abrió el cajón, mostrándole una cajá de cigarros habanos sin abrir. Duke la miró, pensativo. Y de repente captó un leve tictac en alguna parte. Frunció el ceño, buscando en torno un reloj. No había ninguno en el despacho.

Sus ojos volaron a la caja de habanos. Y comprendió.

Rápidamente enfundó su revólver en la pistolera de la axila izquierda, precipitándose hacia la puerta del despacho mientras gritaba:

—¡Fuera, fuera de aquí enseguida, Millard, si aprecia en algo su vida! ¡Esa caja es una bomba de relojería!

Se precipitó sobre la vidriera esmerilada, con el nombre del abogado en letras doradas, destrozándola con su cuerpo, para lanzarse al otro lado. En su carrera vertiginosa, se llevó por delante a la secretaria del pelo y la falda cortos, arrastrándola en su veloz salto hacia el punto más alejado posible del despacho de Millard.

El abogado, aturdido, sin entender a tiempo, no llegó a salir. La explosión lo conmovió todo. Volaron los restos de la puerta en medio de la densa humareda, mientras volaban fuera trozos de muebles y de ser humano, en confusa mescolanza, en tanto se hacían añicos todos los vidrios de la oficina.

Bajo su cuerpo, agazapado contra el muro opuesto. Duke mantenía cubierto un cuerpo femenino, entre cuyos muslos, cubiertos de sedosas medias, tenía incrustada la cabeza.

Unas braguitas color malva aparecieron a menos de dos pulgadas de su nariz, despidiendo un vaho a perfume barato. La chica, asustada, cerró los muslos, casi ahogándole con aquella dulce presión. Los tenía fuertes y redonditos.

—Te has quedado sin jefe, encanto —murmuró logrando sacar la cabeza de las ingles de ella, cosa a la que la secretaria no colaboraba en absoluto, como si le gustara aquella insólita situación

—. Pero con estas piernas y lo que se adivina, no tardarás mucho en encontrar otro trabajo, seguro…

Se quedó sentado en el suelo, entre cascotes, junto a una muchacha llena de miedo, pero también de asombrado agradecimiento hacia él al darse cuenta de lo ocurrido.

—Mire mi mesa, mi máquina de escribir… —gimió—. Todo voló. De no ser por usted… estaría hecha pedazos ahora… ¿Es usted policía o dinamitero?

—Policía, preciosa. El dinamitero fue otro, un cliente de tu jefe que, sin duda, no quiso confiar demasiado en la discreción del abogado Millard y optó por recurrir a los explosivos… —sonrió al ver que las piernas de la secretaria seguían totalmente a la vista, junto a él, muy abiertas. Las acarició hasta los muslos, sin que ella se moviera lo más mínimo—. Puedes levantarte ya. Tienes unas curvas estupendas, cariño.

Ella se incorporó torpemente. Tuvo que sujetarse a él para permanecer de pie, y Duke comprobó que tampoco le importaba demasiado a aquella chica estrujar sus pechos contra él rápidamente, como demostrándole su firmeza y rotundidad. Era obvio que debía ser una buena secretaria.

—Ahora sí podemos llamar a la policía —murmuró Duke, amargamente—. Y a los bomberos, de paso.

—Eh, mire, ¡está usted herido! —gritó ella de repente—. ¡Hay que avisar también a una ambulancia! ¡Se hirió por salvarme, como en las películas!…

Era verdad. Duke vio su brazo sangrando. Y empezó a sentir el dolor que, en principio, en caliente, ni siquiera notara. Meneó la cabeza. No le gustaba el papel de héroe romántico, aunque a ella parecía encantarle esa idea.

—No, gracias —rechazó—. Puedo ir por mi propio pie, encanto.

—Voy con usted. Le debo la vida… —se ofreció la persistente secretaria, apresurándose a abrazarle con fuerza.

—Te he dicho que no —se desasió de ella, la besó en los pintados labios y sonrió, sujetándose su brazo herido—. Tengo mucho que hacer ahora para perder el tiempo en un hospital. Ya nos veremos en otro momento, pequeña.

Y se alejó de allí a toda prisa, en medio de una nube de curiosos de las oficinas inmediatas, que acudían al lugar de la explosión,

antes de que aquella obstinada chica se le colgara del cuello de modo definitivo.

* * *

—Pudo haber perdido el brazo. E incluso haber muerto, Vincent.

—Lo sé, Doris. Pero sólo estoy herido, y no demasiado seriamente. ¿Sabe que cura muy bien las heridas?

—Sólo faltaría que no supiera hacer mi trabajo —suspiró ella, vendando su brazo con suavidad—. Pero debió ir al hospital. ¿Por qué optó por venir aquí?

—Porque recordé cuál era su profesión —sonrió el—. No me arrepiento de ello, Doris. Además, tampoco es tan importante, usted misma lo ha dicho hace un momento.

—Pudo ser peor, en efecto. Pero deberá tener cuidado en adelante. Esa gente no bromea. Primero lo de la pobre Ada… y ahora esto. ¿Cómo pudo dar con la pista de ese abogado traidor?

—Por una dirección en la agenda de cocina de su compañera de apartamento. No tenía sentido que Ada tuviera contacto con un abogado importante de la ciudad, de modo que investigué eso. Ella no lo sabía, pero Millard era abogado de muchos pistoleros de Chicago. Debió darle el nombre de Woody Leman, sin sospechar que un día ella recurriría a Millard para algo contrario a los intereses de los *gangsters*.

—¿Y Ada confió en ese hombre?

—Totalmente. Le entregó la agenda, sin duda. Y el abogado, al ver la clase de asunto que tenía entre manos, la entregó a la gente de Capone. Eso firmó la sentencia de muerte de Ada… pero también la suya propia. Debieron pensar que valía más una boca cerrada que el riesgo de que un día Millard hablase de más.

—Dios mío, es terrible… Pero entonces, ¿qué significa ese cartoncito verde? Yo imaginaba que era algo importante…

—Y tiene que serlo. Pero ignoro qué. Tal vez Ada fue más lista de lo que imaginamos y, además de confiar en Millard, copió algo en otro sitio, guardándolo en una casa de empeños o en una consigna antes de ser secuestrada. Mis amigos andan tras eso. Pero aún no ha admitido ninguna tienda de empeños que la contraseña sea suya. Ni hemos dado con la consigna adecuada. Habrá que esperar…

Ella asintió, con un suspiro, acabando de curar el brazo de Duke. Luego, fue a limpiar el material empleado para la cura y a lavar sus manos manchadas de sangre. Duke la contempló pensativo. Doris tenía un precioso cuerpo, además de ser una eficiente enfermera. La vio caminar por la estancia de un lado hacia otro, con gráciles movimientos. Al pasar por la ventana del *living*, ella miró afuera distraída. Duke observó que se ponía repentinamente rígida y se apartaba del hueco.

—¿Ocurre algo? —preguntó vivamente, bajando la manga de la camisa y abotonando el puño.

—Me temo que sí —musitó Doris volviéndose a él algo demudada—. Hay un coche parado frente a la casa. Es como el que describió la señora Carpenter: largo, oscuro… y hay un hombre de pie al lado, vigilando la casa. Juraría que hay más hombres dentro del vehículo, porque se ve humo de cigarrillos salir por las ventanillas y brilla una brasa de cigarrillo al volante…

—Buena observadora. —Duke se puso de pie de un salto, acercándose a ella. Asomó tras los cristales cautamente, sin dejarse ver apenas desde abajo. Oteó la calle, moviendo afirmativo la cabeza—. Sí, es cierto. Creo que son ellos otra vez…

—Pero ¿por qué ahora? —Doris le miró con sus claros ojos muy abiertos—. ¿Tal vez le han seguido a usted?

—No, no —rechazó Vincent—. Nadie me seguía, soy experto en eso.

—¿Entonces… por qué vienen? ¿Por… *mí*? —Y había tensión en su tono.

—No creo. A menos que teman que usted y Ada vivían más unidas de lo que estaban, y Usted pudiera saber algo.

Puede que lo que buscan aquí ahora, tenga que ver con ese cartón verde que nos dio…

—Mire… —musitó Doris, oteando de nuevo por una rendija de las cortinas de la ventana—. Salen otros dos hombres del coche. Cruzan la calle hacia acá…

—Muy bien —dijo Duke, encajando las mandíbulas con fiereza —. Entonces, vamos a recibirles como se merecen…

Se puso su correaje sobre la camisa, ajustando bien la pistolera en la axila. Luego, se abotonó la americana sobre la artillería, mirando alrededor pensativo.

—Si llaman, ábrales, Doris —indicó—. Yo me ocultaré hasta ver qué sucede. Procure no situarse en la línea de tiro entre ellos y yo en ningún momento. Y si la exigen que les acompañe, diga cualquier cosa para apartarse de ellos lo suficiente por unos momentos. Que va a recoger esa chaqueta, por ejemplo.

Y señaló una, que aparecía tirada sobre el sofá, cerca de la ventana. Ella asintió, algo pálida, pero con aparente serenidad. Duke sonrió, animoso, apretándole tiernamente la mejilla. Luego, caminó hasta la puerta que comunicaba con el dormitorio de Doris, la abrió y se situó dentro, con la puerta sólo entornada.

—Ya —dijo—. Puede abrir. Valor, Doris. Yo la protejo. Y sé hacerlo, palabra.

Ella asintió de nuevo, armándose de valor. Esperó, apretando sus manos entre sí, inquieta, nerviosa. Duke, por la rendija nerviosa de la puerta, podía verla claramente.

Fuera sonaron pisadas suaves. Esta vez no habían llamado a la puerta de abajo. Debían haber abierto con la llave maestra. Se detuvieron ante el apartamento. Luego, sonó el timbre. Una, dos veces. Doris apretó los labios, respirando hondo.

Se repitió la llamada. Doris tuvo una idea. Desabrochó su blusa totalmente. No llevaba sujetador. Ni lo necesitaba. Dos pechos duros, firmes, erectos, apuntaron hacia adelante con sus rojos pezones. Fue hasta la puerta decidida.

—¿Quién es? —indagó con voz serena.

—Abra, por favor —respondió una voz grave, masculina—. Somos amigos.

—No espero a nadie a estas horas —respondió ella—. Y menos a amigo alguno. Tal vez se equivocan de apartamento. No molesten.

—Escuche, si usted es Doris Lañe y aquí vivió su amiga Ada Murray será mejor que abra. No vamos a hacerle nada. Contra usted no tenemos nada en absoluto. Pero si no nos abre tiraremos abajo la puerta a tiros. Y luego seguirá usted. Elija, señorita.

Ella estuvo unos segundos callada. Luego, habló con tono tembloroso:

—No, no disparen, por amor de Dios. Ya les abro…

Duke sonrió duramente. Lo estaba haciendo muy bien la chica. Ahora venía lo peor, sin embargo. Cuando Doris abrió la puerta, los tres hombres penetraron rápidamente en el apartamento.

Todos vestidos de oscuro, con sombreros grises. El uniforme elegante de los pandilleros de Capone. El más joven, alto y bien parecido, lucía una flor en el ojal. Tenía cabello negro, planchado, lleno de brillantina. Y un rostro latino, moreno y guapo. Parecía presumir de su físico al andar contoneándose ligeramente. Duke sintió que la sangre se agolpaba en su cerebro, martilleando sus sienes.

Aquel figurín era Renzo Apolo, el asesino de Ada, sin duda alguna.

—Hola, preciosa. —Apolo miró con fijeza a Doris, especialmente a su blusa desabrochada, y a lo que asomaba debajo de ella—. Vaya, no esperaba este espectáculo…

—Me… me iba a acostar —se excusó ella, tapándose de inmediato—. Me… me asustaron tanto que incluso olvidé…

—No importa, rubita —rió Apolo, alargando descaradamente la mano para apretar uno de los pechos de la joven—. Tesoros así no deben mantenerse escondidos…

—Al grano, Renzo —avisó uno de sus sombríos acompañantes—. Cario no nos envía aquí para aventuras galantes…

—Cierra el pico, Johnny —se irritó Apolo—. La chica es un bombón, qué diablos.

—¿Qué es lo que quieren? —indagó Doris, mirándoles con gesto de temor—. Vivo sola ahora. Y no tengo nada que ver en ningún asunto que pueda afectarles a ustedes.

—Es posible, encanto —rió Apolo—. Pero nos hemos enterado que tu amiguita Ada, la que vivía contigo, escondía algo en alguna parte. Algo que nos interesa mucho. Tal vez tú sepas algo de eso…

—Pues se equivocan. No sé nada. Ada y yo nos veíamos poco por causa de nuestros trabajos. Teníamos horarios diferentes. Nunca supe gran cosa de sus asuntos.

—Lástima. De todos modos, nos dejarás que echemos un vistazo por aquí…

—¿Son de la policía? —La pregunta de ella casi hizo reír a Duke.

—Cielos, no —rió Apolo—. ¿Tenemos pinta de polizontes, guapa? Vamos, buscad vosotros. Yo me ocuparé de la muchacha mientras tanto.

Los otros dos pistoleros se miraron entre sí, molestos, pero obedecieron en silencio, comenzando a revisar el *living*

cuidadosamente. Doris miró a Apolo asustada.

—Pero ¿qué es lo que buscan? —gimió.

—No lo sé, exactamente. Podría ser una agenda, un simple bloc… un puñado de papeles escritos. Alguien nos dijo que tu amiguita se guardaba un as en la manga, ¿sabes? Bueno, tú no puedes entenderlo, pero es igual. Vamos, mientras mis amigos buscan, ¿por qué no me haces un pequeño favor? Muchas chicas de esta ciudad darían algo porque Renzo Apolo les pidiera algo así…

Y descaradamente, echó atrás la blusa de la muchacha, empezando a apretar sus pechos mientras buscaba el contacto de sus cuerpos. Rápida ella se echó atrás, apartándose de él cuanto le fue posible.

—No me toque —protestó—. Tengo novio, no me gusta usted…

—Yo te daré más placer que tu novio —rió Apolo, acosándola—. Déjate, chica, lo pasarás muy bien conmigo…

Duke seguía con ira contenida aquel acoso del pistolero. Doris, hábilmente, le estaba llevando adonde quería: justo al ángulo opuesto de la habitación, donde él tenía la mejor visual. Y cerca de los dos esbirros que registraban los muebles.

—Tal vez podría ayudarles si supiera lo que están buscando… —insistió ella.

—Pero no lo sabemos, preciosa. Un tipo nos dijo que tu amiguita era más lista de lo que parecía. Y de algo muy valioso que tuvo en su poder, hizo una copia, no sé si de todo o parte de ello… Pero olvida eso ahora… Déjate querer, no resistas…

La tenía acorralada contra un rincón. Alargó su mano, levantándole la falda, empezando a acariciar los muslos de la joven, en busca de la entrepierna. Ella, rápida, se escabulló bajo su brazo, alejándose. Apolo se quedó cerca de sus compinches, chasqueando. Ellos rieron, divertidos.

—Te la jugó otra vez, Renzo —se mofó uno—. Parece que no has logrado seducir a esa preciosidad con tus encantos personales…

—Maldita zorra, verás cómo se las gasta Renzo Apolo cuando quieren burlarle…

Y se dispuso a dejar de lado toda falsa cortesía, para acosar a Doris brutalmente, excitado por el deseo.

Era el momento de intervenir, pensó Duke Vincent, de los Intocables.

E intervino.

CAPÍTULO VII

SOMBRAS DE TRAICION

—¡Basta ya, cerdos asesinos! —rugió Duke Vincent—. ¡Rendíos, en nombre de la Ley, soy agente federal!

Renzo Apolo juró obscenamente entre dientes, revolviéndose hacia él mientras extraía una voluminosa automática del calibre 45 de su axila, lo mismo que sus dos compinches. Duke tenía ante sí a los tres pistoleros, situados tal y como quería, gracias a la astucia de Doris en su estratagema.

En su zurda llevaba la credencial federal, como viera hacer desde siempre en trances así a su jefe, Eliot Ness. Y en la diestra había empuñado ya su automática negra, poderosa e implacable.

Cuando Apolo y sus hombres intentaron disparar sobre él, Duke estaba ya apretando el gatillo rabiosamente. Sin piedad. Sin clemencia, hacia aquellos individuos que sabía que eran los asesinos de una pobre muchacha indefensa.

Apolo y sus esbirros saltaron atrás, como empujados por un mazo invisible. Con los cuerpos repentinamente cosidos a balazos, saltando la sangre de los orificios abiertos en sus pechos por las balas vomitadas por aquella potente 45 que rugía en la mano de Duke. Destrozaron una vidriera de un armario, derribaron una mesa de centro, dos sillas y un soporte con cristalería, en medio de un estruendo atroz. La pistola de Apolo llegó a disparar, pero sólo para clavar una bala en el techo, inofensiva.

Rodaron los tres pistoleros por el suelo, agitándose convulsos, mientras Duke no cesaba de disparar sobre ellos, y Doris, aterrada, se cubría los oídos para no ensordecer, con los ojos dilatados por el

horror.

Cuando el arma de Duke enmudeció, ella se tambaleó, a punto de desplomarse. Los tres hombres yacían inertes en la alfombra, entre regueros de sangre.

Rápido, Duke corrió a la ventana. Era tiempo. La *limousine* negra que esperaba, estaba arrancando el motor. Dos hombres saltaron de ella, metralleta en ristre, por lo que pudiera suceder. Duke disparó desde la ventana sin compasión alguna.

Los dos pistoleros saltaron atrás, antes de poder hacer uso de las armas, heridos de muerte. Una bala reventó el parabrisas, haciendo aullar dentro a alguien. El coche se quedó parado a medio arrancar. Su motor ronroneaba, pero sus ruedas no se movían del sitio. Cayeron al asfalto los dos individuos con sus ametralladoras.

—Ya está —jadeó Vincent, bajando el arma humeante—. No tiene nada que temer, Doris. Esta vez han perdido ellos la partida…

—Dios mío, ¿qué va a ser de mí, ahora? —se lamentó ella—. Vendrán otros, cuando se sepa que tantos hombres fueron tiroteados y muertos en mi casa, Duke…

—No tiene nada que temer, ya se lo he dicho. Vendrá conmigo, hasta que todo se resuelva. Los Intocables la ocultaremos en lugar seguro, donde nadie de con usted.

Apenas aparezca ese objeto en el empeño o en la consigna, todo se habrá arreglado. Vamos, coja las cosas más imprescindibles. Nos vamos de aquí. Ahora, Capone ya tiene respuesta al asesinato de la pobre Ada…

* * *

Eliot Ness contempló gravemente a los hombres reunidos ante él en la oficina federal de Chicago. Su expresión era sombría.

—No puedo admitirlo —dijo con sequedad—. No admito que exista un traidor entre mis hombres. Ningún Intocable puede ser un traidor.

—Pero alguien ha intentado matarle saliendo de su cuartel general secreto —dijo con firmeza el fiscal Johnson.

—Y anoche ha fallado un golpe a una destilería clandestina de Capone —añadió el alto funcionario federal Walter Alien—. Cuando llegaron, todo se había desmantelado. El *whisky* se había retirado y los alambiques desmontado, ¿no es así?

—En efecto —admitió Eliot torciendo el gesto—. Alguien les alertó a tiempo.

—Por si ello fuera poco, Eliot —remachó el fiscal general—, tenemos un tercer caso bien elocuente: antes de llegar al club Cicero, los que consumían alcohol a destajo aparecieron bebiendo inocentes zumos de frutas o refrescos y las mesas de juego habían sido convertidas en mesas de canapés, bebidas sin alcohol y dulces, para celebrar un hipotético guateque. ¿Qué me dice a eso?

—Admito que algo ocurre. Pero no puede ser ninguno de mis agentes —insistió Ness.

—No sea tozudo —le reprochó Alien amistosamente—. Sólo usted y sus hombres sabían esas cosas. Ni tan siquiera el fiscal Johnson o yo, que somos sus más allegados, así como el resto del FBI, habíamos sido informados de nada. ¿Qué quiere decir eso? Simplemente, que uno de sus intocables ha decidido ceder a la presión del soborno, convirtiéndose en confidente de élite de Capone. Ahora, a usted le concierne saber quién de entre ellos pudo ser, Eliot.

—Respondo de cada uno de mis hombres con mi propia cabeza —replicó Ness, tajante—. Me niego a admitir que nadie esté traicionándonos. Tiene que haber otra explicación.

—Muy bien. Dígame cuál —le rogó el fiscal suavemente.

—De momento, no lo sé. Pero prometo que lo averiguaré, sea como sea.

—Está bien. Tiene dos días para hacerlo. Si esto sigue así, me temo que los altos cargos decidirán borrar de un plumazo la existencia efímera de Los Intocables —suspiró Walter Alien con gesto pesimista.

—Eso iba a gustarle mucho a cierta gente de esta ciudad, empezando por muchos tipos bien situados políticamente —dijo Ness, sombrío—. Denme esos dos días. Prometo encontrar la explicación a lo sucedido, señores.

Y salió de la oficina con expresión ceñuda, sin siquiera saludar a nadie de cuantos encontró en su camino. Llegó al parque del estacionamiento federal, dirigiéndose al nuevo automóvil que había puesto a su disposición el Departamento, para que los *gangsters* no supieran que era el vehículo del odiado Eliot Ness. Se trataba de un sedán color azul oscuro, con matrícula del Estado de Indiana, para

despistar.

Subió a él, disponiéndose a partir de regreso al nuevo cuartel general de Los Intocables, establecido en otro punto de la ciudad donde los pistoleros de Capone no pudieran localizarles fácilmente. Allí le aguardaban sus subordinados, tras la masacre de la noche antes en el apartamento de Doris Lañe y ante la casa de apartamentos, donde murieron cinco pistoleros de Capone y uno resultara gravemente herido, a manos de Duke Vincent. Toda la ciudad estaba conmocionada con el suceso, de modo que era fácil imaginar el estado de ánimo de Al Capone y de su fiel Cario Lombardo en estos momentos. El nombre de Renzo Apolo aparecía en grandes caracteres en primera plana de todos los diarios, como el *rocketeer* más famoso de los abatidos por el Intocable.

Doris Lañe estaba ahora con Marty Lahart, el irlandés, oculta en su nuevo cuartel general, a la espera de acontecimientos. Y Robsky, el propio Duke y Basile andaban en pos del rastro del cartoncito verde circular, recorriendo la ciudad de arriba a abajo. Joy Lelson, entre tanto, andaba ocupado en otros asuntos del grupo.

Se preguntaba Ness, mientras se disponía a girar la llave del encendido, quién de aquel selecto grupo suyo podía ser un traidor, un sobornado capaz de vender a sus camaradas. Y ningún nombre se le acudía a la mente. Tenía que haber otra explicación, no podía admitir que las cosas fueran así.

En aquel preciso instante, un federal le hizo gestos con los brazos, desde el límite del *parking*. Ness salió del coche, yendo hacia él de inmediato.

—¿Ocurre algo? —quiso saber.

—Sí, Ness —asintió el compañero—. Acaba de llamar urgentemente Robsky. Dice que han encontrado lo del disco verde. Sólo eso. Añadió que usted entendería. Pidió que le llamase de inmediato a este número.

Le tendió un papel con un número escrito apresuradamente en él. Ness miró las cabinas públicas alineadas frente al aparcamiento.

—Gracias, amigo —dijo—. Llamaré inmediatamente.

—Hágalo —sonrió el federal—. ¿Quiere que le saque entretanto el coche a la calle? Van a entrar ahora mismo nuevas unidades automovilísticas aquí, y necesitan todo el aparcamiento posible…

—Sí, por favor. Me reuniré con usted enseguida —prometió

Ness, corriendo a uno de los teléfonos.

Marcó el número del papel. Esperó, mientras el otro federal subía a su coche, para situarlo fuera del recinto federal, en la calle. Sonó la señal al otro extremo del hilo. Ness oyó luego la voz inconfundible del bigotudo Robsky:

—¿Sí? Robsky al habla.

—Soy Ness. Me han dado tu encargo. ¿Qué sucede?

—Eliot, hemos encontrado lo que buscábamos. Era en una casa de empeños de Park Ridge. Ada Murray lo depositó allí el mismo día del secuestro y muerte dentro de una cajita de plata con incrustaciones de nácar, de esas que son musicales…

—¿Y qué es?

—Un pequeño bloc de tapas de hule negro. Lleva anotado un sinfín de cosas… Creo que es la copia de gran parte de la famosa agenda y…

En ese momento, el estruendo lo ahogó todo. Ni siquiera pudo oír el resto de la frase de Robsky. Horrorizado, Ness miró hacia el aparcamiento. Una columna de humo y fuego se elevaba del lugar donde momentos antes estaba su flamante coche azul. Fragmentes del mismo, con despojos humanos, volaban por los aires, tras la explosión devastadora, que había prendido en otros coches cercanos, incendiándolos o destrozándolos. El caos total.

—¡Dios, no! —aulló Ness, lívido.

—¡Eliot! —clamó la voz angustiada de Robsky—. ¿Qué ha pasado ahí?

—Un compañero iba a ponerme el coche en la calle… —jadeó Ness—. Debieron conectar una bomba al encendido del motor… Es horrible, Robsky, horrible… Acabo de salvar la vida de puro milagro, pero otro hombre ha muerto… Ahora, sí. Ahora estoy seguro de que existe un traidor entre nosotros, amigo mío…

Y contempló, demudado, el dantesco espectáculo del aparcamiento.

* * *

Un examen de aquel pequeño bloc de tapas de hule, le confirmó lo previsto. Cifras, datos, números de cuentas corrientes, informes cifrados, referencias de todo tipo, se acumulaban en la copia que la astuta Ada hiciera de gran parte de la agenda enviada por Woody

Leman a su joven amiga del club nocturno. La forma de descifrar las claves era simple, sobre todo para un experto en ese tema como era el Intocable Frank Basile. Silbando entre dientes, el rubio federal informó a sus amigos, mientras rodaban en el coche de Rosbky, de regreso a su cuartel general:

—Esto es una bomba, muchachos. Hay nombres de personas importantes de la ciudad, en cuyas cuentas corrientes se ha metido dinero a mansalva. Y cifras sobre ingresos de Capone que no constan en ninguno de sus libros. Comprobar esto será tarea fácil. Puede suponerle una cadena mucho peor que la sufrida ya… Será su final, Ness.

Eliot, sombrío como nunca tras el fallido atentado que costara la vida a un compañero de la oficina federal, se limitó a asentir, la mirada fija en el vacío, sentado junto a Duke Vincent en la parte trasera del coche.

—Espero que, además del final de «Cara Cortada», lo sea de mucha gentuza de esta ciudad que presume de decente —añadió Robsky solemne, conduciendo con firmeza su vehículo por las calles resbaladizas por la llovizna.

—Lo será, amigo, lo será —rió Basile—. Esto es una mina. Acabaremos con todos los chanchullos de Chicago de un solo plumazo. Ness, reacciona. Sigues vivo, pese a todo. Y no tuviste culpa de que ese pobre muchacho muriese en el coche…

—Ya lo sé. Pero pensaba en cómo pudieron saber ellos que tenía un nuevo coche… y cuál era exactamente. Además, tuvieron que conectar la bomba en el propio *parking* del FBI. Es inexplicable…

—¿Sospechas de alguien? —indagó vivamente Duke.

—No. Eso es lo malo. No sospecho de nadie en concreto. Pero existe un traidor, seguro. Sólo nosotros sabíamos cuál era el coche, cuál su matrícula…

Se miraron los federales entre sí, incómodos. Robsky lo hizo a través del retrovisor, arrugando el ceño con gesto sombrío. Nadie comentó nada.

Un momento después, la idea de la traición tomaba más cuerpo que nunca, en un trágico suceso que venía a confirmar los temores de Ness. Fue al descender ante el edificio aislado que era su nuevo cuartel general. Apenas puesto en pie en la acera, se abrió la puerta de la casa, apareciendo un Marty Lahart tambaleante, bañado en

sangre, con el rostro lívido, convulso. Todos se quedaron petrificados contemplándole. Ness desenfundó rápido su revólver.

El irlandés, mirándoles con ojos dilatados, trompicó en los escalones descendientes de la puerta de entrada, balbuceando unas pocas palabras confusas, torpes:

—Llegáis… tarde… Ellos… se llevaron a… la chica… Malditos sean…

Y se derrumbó de bruces en el asfalto, delante de ellos. Corrieron los Intocables a rodearle. Duke, lívido, corrió a la puerta, penetrando en la casa pistola en mano. —Tiene varias heridas de bala —dijo Ness, roncamente—. Pronto, avisad a una ambulancia. Voy con Duke ahí dentro.

Se apresuró en pos de su compañero. Pronto le encontró, demudado, en medio de una sala revuelta, de vidrios pulverizados a balazos, donde se veían numerosas manchas de sangre. Y ni el menor rastro de Doris Lañe, su protegida.

—Dios mío… —masculló Duke, crispado—. ¿Cómo pudieron saberlo? ¿Cómo saber que ella estaba aquí, que éste es nuestro cuartel general, Eliot?

—La respuesta es simple, Duke —fue la ronca réplica de Ness—. Un traidor… Alguien informa de todos nuestros pasos a Capone. Ahora ya no hay duda sobre eso… por doloroso que nos resulte aceptarlo, amigo mío.

—Y ahora Doris… está en poder de esa chusma. La matarán en represalia, Eliot.

—Lo sé. No podemos hacer nada por el momento, Duke, serénate.

—¡No! Ella se arriesgó a todo por ayudarnos. No puedo serenarme, Eliot. Y menos pensando que todo esto es por culpa de una traición. Yo creo saber cómo dar con ella lo antes posible, Eliot. Deja que actúe a mi modo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Ir a preguntarle a Capone dónde tiene a la chica? —murmuró amargamente el jefe de los Intocables.

—Algo parecido —dijo sordamente Duke, saliendo rápido de la estancia.

Ness se quedó allí parado, como flotando en una nube de aturdimiento. Poco después entraban en la casa Robsky y Basile. Se acercaron a él.

—Ya se han llevado a Marty en una ambulancia —informó el primero, poniendo una mano en el hombro de Ness—. ¿Adónde va Duke como un endemoniado?

—No sé. Tal vez a morir estúpidamente. O armar una matanza sin precedentes, todo puede ocurrir. Creo imaginar lo que pretende. Pero ahora lo importante es saber quién de nosotros es un traidor, Robsky. Alguien, maldita sea, sabe todo sobre nosotros. Alguien informa a Capone de nuestros pasos. Me gustaría saber quién es esa persona…

Inesperadamente, la voz de Frank Basile, el rubio amigo de Ness, sonó en la sala:

—Me temo que esa persona, Eliot… *soy yo.*

Ness y Robsky, estupefactos, sin dar crédito a lo que oían, se volvieron hacia su camarada bruscamente. Sabían que el tema era demasiado serio para bromas. Y ciertamente, el gesto de Basile denotaba que no estaba bromeando ni mucho menos.

* * *

—¿Se ha vuelto loco? No puede hacerme esto…

—Vaya si puedo —rió duramente Duke Vincent, arrancando de un tirón las ropas de lentejuelas que Blue West se había ajustado a su cuerpo turgente para salir a escena en breves minutos. La cantante, ahora con una peluca roja llameante, se quedó desnuda hasta la cintura, mirando colérica y asustada a su visitante.

Duke le puso el cañón de su pistola en los senos desnudos, riendo con acritud, maligna su expresión. Ella estaba realmente atemorizada, a juzgar por su gesto.

—¿Qué… qué pretende? —gimió la cantante de *Blues*, con voz temblorosa.

—Sencillamente matarte, preciosa, como sin duda mataste tú a Woody Leman aquella noche, en este mismo camerino —señaló la ventana—. Éste es el camino que debió seguir al caer, ¿no es cierto? Es el que seguirá tu exquisito cadáver cuando acabe contigo, Blue.

—Usted… usted es policía… Es un federal… ¡No puede hacer algo así!

—Te aseguro que puedo. Y lo haré. Mis métodos son un poco especiales, zorra. Y en ellos no entra la caballerosidad ni el respeto al sexo opuesto, palabra. Busco a una chica llamada Doris Lañe.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —protestó airada Blue.

—Todo. Absolutamente todo tienes que ver con el asunto, maldita puta. Eres la querida de varios peces gordos de la pandilla de Capone. Sabes dónde tienen el lugar adonde un día llevaron a Ada Murray. Y donde ahora tendrán oculta a Doris, sabe Dios esperando qué… Si no me das la dirección en diez segundos, te agujereo esos bonitos pechos uno tras otro. Y lo haré de modo que tu agonía no sea rápida, ¿está claro?

—Tú estás rematadamente loco. No razonas, no sabes lo que haces…

—Exacto. Cuando me enfado, suelo ser así. De ti depende que no deje tras de mí un cuerpo de mujer hecho unos zorros. Decídete. Van ya cinco segundos. Sólo te quedan cinco más. Uno…

—¡No sé nada de nada! Pierdes el tiempo… —rezongó ella.

—Dos…

—¡No puedo hablar! Me matarían ellos… —suplicó, con lágrimas en los ojos.

—Tres… —rió Duke, alzando el percutor de su automática lentamente—. Si no, te mataré yo…

—¡No! ¡No quiero decir nada! ¡No dispararás!

—Vaya si lo haré —apretó el seno con el cañón frío del arma—. Cuatro… Tendrás protección nuestra si hablas. Si no… se acaba tu tiempo ya. Cin…

—¡Espera! —clamó ella, desorbitados los ojos, cuando vio temblar el dedo en el gatillo del arma—. Hablaré, maldito hijo de perra… Diré lo que quieres…

—Te escucho, putón —sonrió Duke, el dedo tenso en el gatillo aún.

—Una casa en Oak Street Beach… Calle Cedar, Este… número 102. Parece abandonada. Abajo hay un negocio de ataúdes… Es ahí. Ellos se refugian en esa casa, llevan allí a sus rehenes o víctimas… Me matarán, me matarán por esto, Dios mío…

—No lo harán —sonrió Duke—. No lo harán si dejas que te protejamos. Buena chica, Blue. Volveré para ayudarte. De momento, te necesito callada. No se me ocurre otra cosa, ¿sabes? Lo siento.

La descargó repentino, seco golpe de pistola en la cabeza. Blue se desplomó fulminada, perdiendo el conocimiento. Duke respiró hondo, atándola y amordazándola con rapidez. Luego salió del

camerino, yendo al encuentro del regidor de escena del Cotton Club. Le puso la pistola en el mentón. El hombre palideció.

—Ni sueñes en llamar a escena a Blue. Esta noche está indispuesta. Si abres su camerino, eres hombre muerto. Ya estás avisado. Di lo que quieras, pero no la llames a actuar hasta, por lo menos, las dos de la madrugada, ¿está claro?

Asintió el pobre hombre, aterrorizado. Duke se alejó, guardando el arma. Minutos después, su coche volaba por el asfalto mojado de un Chicago frío y poco concurrido, rumbo a las orillas del Lago Michigan, a la altura de Oak Street Beach, en los muelles exteriores del lago.

Capítulo VIII

A Tiro Limpio

—Sospechan que existe un traidor. Menos mal que piensan que es uno de ellos, un Intocable… Si descubrieran que soy yo, mi vida no valdría un centavo. De modo que éste es el último informe que puedo pasaros, ¿está claro?

Cario Lombardo asintió ceñudo, mirando con gesto burlón a su visitante. Luego, cambió una ojeada con los demás que ocupaban la estancia: el gordo, seboso Moss Talbot, el afilado Nito Gardenia, el propio Frank Nitti en persona, y tres pistoleros más, armados de fusiles ametralladores Thompson último modelo.

—De acuerdo, amigo —habló risueño—. ¿Pero cómo podrían sospechar de usted?

—Si Frank Basile recuerda que ha comentado personalmente conmigo los golpes que pensaban dar, así como otros detalles de sus acciones, se lo dirá a Ness, y éste atará cabos —dijo el hombre, enjugándose el sudor del rostro. Luego, miró al único ocupante femenino de la estancia, lleno de inquietud—. No debisteis hacerme venir esta noche aquí, Cario. Esa chica… recordará mi cara, la describirá cuando esté libre…

Cario Lombardo dirigió una ojeada irónica a Doris Lañe, tendida en el sofá, con las manos atadas en la espalda y la boca amordazada con un pañuelo. Luego rió, encogiéndose de hombros.

—No tema por eso —dijo—. La chica nunca saldrá viva de aquí. Tenemos que interrogarla, por si sabe dónde ocultó su compañera de apartamento algo relacionado con la agenda de Woody Leman. Sabemos por el difunto abogado Millard que ella tenía un as en su

manga —repito palabras de la propia Ada Murray, dichas al abogado cuando le hizo depositario de la agenda— con el que podía hacer mucho daño si las cosas de ponían feas. Hemos pensado en una copia de toda o parte de esa agenda. Y sospechamos que esta chica sabe algo sobre todo ello. Hable o no hable, ella morirá luego.

Dijo todo eso en voz baja, para que Doris no entendiera una palabra. El hombre sudoroso, no pareció tranquilizarse totalmente por ello.

—Aún así, es arriesgado hacerme venir aquí… —protestó.

—¡Eh, escuche usted, sabandija! —terció aireado Frank Nitti en ese punto—. ¡También tendrá que ser arriesgado para usted meter en su cuenta corriente diez mil dólares mensuales por sus servicios a Capone! Y sin embargo, no dice nada de eso, ¿verdad? Recuerde que su nombre también figura en clave en esa agenda, amigo. Y colabore con nosotros, que le conviene, maldito sea.

—Está bien, está bien —resopló el visitante—. No se enfade conmigo, Nitti. Sabe que en todo momento les tengo bien informados. No fue culpa mía que Ness aún siga vivo…

—La próxima vez no tendrá tan buena suerte —rezongó Nitti encasquetándose mejor el sombrero gris perla—. Ahora, desembuche su información de esta noche, amigo. Y luego, si quiere, lárguese de aquí de una maldita vez, ya que tiene tanto miedo…

—Está bien. Les diré que Ness prepara para mañana noche un asalto al Club Flamengo de Cicero. Y también una visita en el almacén de licores de Crystal Lake para la madrugada… Saben que allí está todo el cargamento de ginebra llegado del Canadá…

—Buen informe. Arreglaremos las cosas para que no encuentre nada en ninguna parte —dijo Lombardo, acompañando al otro a la salida amistosamente—. Dentro de dos días se le ingresarán los diez mil dólares del mes en su cuenta, amigo mío. Gracias por todo…

Justo en ese momento, la puerta de la habitación cedió estrepitosamente, con el consiguiente sobresalto de todos los presentes en la amplia sala.

Y al derrumbarse la puerta, abatida por un automóvil que rugía, penetrando en el interior del edificio como si éste fuese la propia calle, una voz potente gritó:

—¡Policía federal! ¡Arrojen las armas! ¡Están todos arrestados!

—¡Fuego! —aulló Nitti palideciendo—. ¡Disparad, acabad con ellos!…

El traidor lanzó un alarido de horror, tratándose de apartarse, mientras el automóvil que había penetrado en la casa, arrollaba a Cario Lombardo aparatosamente, aplastándole bajo las ruedas.

Del interior saltó un solo hombre, fusil ametrallador en ristre, que comenzó a disparar parapetado por la portezuela abierta, que al recibir las ráfagas de balas de los esbirros de Nitti, resultó ser blindada, no sufriendo otra cosa que simples abolladuras en su superficie.

En cambio, tras el vehículo, el arma de Duke Vincent tableteaba furiosa, abatiendo como si fuesen muñecos tronchados a la totalidad de los presentes de aquel lugar, igual que si una enorme, invisible guadaña, segaba vidas a mansalva en medio de un estruendo ensordecedor.

Pero de una estancia vecina, una puerta vomitó a seis hombres más, todos ellos con ametralladoras Thompson en sus manos, dispuestos a hacer frente al solitario invasor.

Duke comprendió que las cosas se complicaban. Sólo Nitti quedaba de pie, parapetado tras un butacón, no lejos de donde yacía, aterrorizada, Doris Lañe, imposibilitada de gritar o moverse. No podía disparar sobre él para no herir a la muchacha.

Es ese precario momento, un ventanal se hizo añicos repentinamente, dejando entrar en el edificio una oleada de hombres armados también con ametralladoras en acción. Duke respiró aliviado al oír la familiar voz de Ness atronando en el aire, sobre el fondo crepitante de los disparos:

—¡FBI! ¡Entréguense todos! ¡En nombre de la Ley!

Nadie pensaba allí entregarse. Frank Nitti, rabioso, giró su arma hacia Ness. Éste disparó sobre él una ráfaga. El cuerpo del lugarteniente de Capone saltó por un boquete encristalado, con el cuerpo acribillado a balazos, cubierto totalmente de sangre.

Robsky, Basile y Lelson apretaban el gatillo tras él, con igual eficacia. En unos momentos, el suelo apareció sembrado de cadáveres, la sala destrozada a balazos.

Sólo los Intocables quedaban de pie. Y con ellos, dos personas más: Doris Lañe, ilesa en el sofá… y el hombre que había traicionado a los Intocables, acurrucado en un rincón, lívido,

temblando de terror, mirando angustiado a los federales.

—Te lo dije, Ness —suspiró Basile amargamente—. Ahí lo tienes en persona. Nunca debí confiar en Walter Alien, aunque fuese un alto funcionario federal, contándole nuestras cosas. Pero parecía tan feliz por conocer nuestras acciones… maldito traidor…

Realmente, era Walter Alien, el federal de confianza de todos, incluso del fiscal general Johnson. Él era el traidor, no ningún miembro de Los Intocables…

Ness clavó sus ojos en él con profundo desprecio. Le encañonó con su humeante Thompson, como si quisiera coserle también a balazos. Pero al fin bajó el arma, pronunciando unas pocas palabras despectivas:

—Cerdo… Miserable traidor… Pagarás con tu vida en la silla eléctrica esa infamia, Alien… —Luego se volvió a Duke y añadió—: Otra vez, espéranos a los demás. Pudiste meterte en un buen lío, de no imaginar yo lo que harías y seguirte…

* * *

Fue un día histórico para Chicago. Y para Los Intocables.

Pero, sobre todo, lo fue para Al Capone, aunque en un sentido diametralmente opuesto.

Los dos días antes, los pistoleros, imposibilitados de recibir nueva información desde dentro del propio FBI al ser capturado Walter Alien, el traidor, vieron cómo los hombres de Ness, implacables, confiscaban centenares de millones de litros de cerveza, arrasaban sus mejores destilerías e interceptaban cargamentos del Canadá por valor de varios millones de dólares. Más de cincuenta camiones propiedad de la banda fueron capturados en las carreteras de acceso a Chicago con su carga de alcohol clandestino.

Y entonces Ness, feliz por su éxito sobre el crimen organizado, tuvo la idea de organizar un desfile motorizado ante el Hotel Lexington, donde Capone solía tener su segundo cuartel general habitualmente. Un desfile a base de todos los camiones confiscados a los malhechores. Minutos antes del hecho, la propia voz de Eliot Ness avisaba a Capone a través del teléfono:

—Asómate a la ventana y verás algo sumamente gracioso, Al.

Así fue. Levantando un enorme ruido, pasaban los camiones,

uno en pos del otro, en fila delante del hotel, ante el estupor de la multitud agolpada. Presa de un acceso de furia infinita, Capone destrozó todos los muebles de su despacho, hizo añicos un teléfono y juró mil veces acabar con Ness y Los Intocables.

Los datos de la agenda, reconstruida en parte por la infortunada Ada Murray antes del secuestro y muerte, lograban que por otro lado la policía federal arrestase a altos cargos de la policía, el ayuntamiento y las fuerzas locales, así como a numerosos industriales, comerciantes, agentes de negocio, e incluso políticos del Estado de Illinois, mezclados gravemente con la Mafia y con la organización de «Cara Cortada» Capone.

Condenado a varias semanas de prisión nuevamente, Capone abandonaría más tarde la cárcel cansado, abatido y minado por su dolencia incurable: la sífilis. Era el principio del fin. Y todos sabían por qué: Los Intocables habían ganado la guerra.

También ellos lo sabían cuándo, rodeando la cama hospitalaria donde el gigantesco Marty Lahart, el irlandés herido al ser raptada Doris, asistían a la recuperación de su camarada en medio de un ambiente de gran optimismo. No faltaba Doris Lañe, apretando sus manos Duke Vincent, sentado muy pegado a ella.

—Me siento orgulloso de todos vosotros —dijo Ness, al final, con una sonrisa que pocas veces iluminaba su semblante—. Gracias a cada uno, hemos alcanzado el éxito, muchachos. Pero no vamos a disolvernos ahora que Capone vuelve a estar entre rejas. Por el contrario, la lucha sigue. Quedan muchos Capone en Chicago a los que conviene erradicar para siempre.

—Estamos dispuestos a ello, Eliot —aseguró Robsky con entusiasmo.

—Incluso yo estoy de acuerdo, la verdad —confesó Duke Vincent—. Aunque tal vez te tenga que pedir pronto permiso para mi luna de miel…

—Permiso concedido —rió Ness de buen humor—. Fuiste demasiado rudo y ciego en tu afán de revancha, Duke. Pero también valeroso y decidido. Eso sirvió de mucho para abarcar con Nitti, con Talbot, con Lombardo, con Apolo… e incluso con el cerdo de Alien. Te felicito por ello, Duke. Eres un gran tipo, pese a tus impulsos.

—Gracias, Eliot. —Duke cambió una mirada con Doris—. Pero de momento, Doris y yo no hemos fijado aún la fecha de la boda…

Los Intocables rieron de buen grado, incluido el animoso Lahart en la cama, muy recuperado de sus graves heridas. Ness fue a la ventana, asomó por ella y murmuró con lentitud:

—Me siento muy feliz hoy de contemplar Chicago desde la ventana y saber que, gracias a todos nosotros, parece algo más limpio. Mucho más limpio, diría yo… Mirad: ni siquiera llueve hoy. Y empieza a asomar el sol… Es todo un presagio, ¿no?

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Traducción literal de un fragmento de los «Black *Water Blues*» (N. del E.). <<

[2] Rigurosamente verídico todo, así como la personalidad de Alexander Jamie, y su posterior papel en la formación del grupo llamado de «Los intocables». (N. del A.). <<

[3] Duke Vicent es un personaje imaginario, como lo son algunos otros de esta novelización de la realidad, pero no así los demás miembros del grupo de Ness. < <

[4] Verídico. Debutó en ese club Bing Crosby en el año 1929. <<

[5] Absolutamente cierto. < <